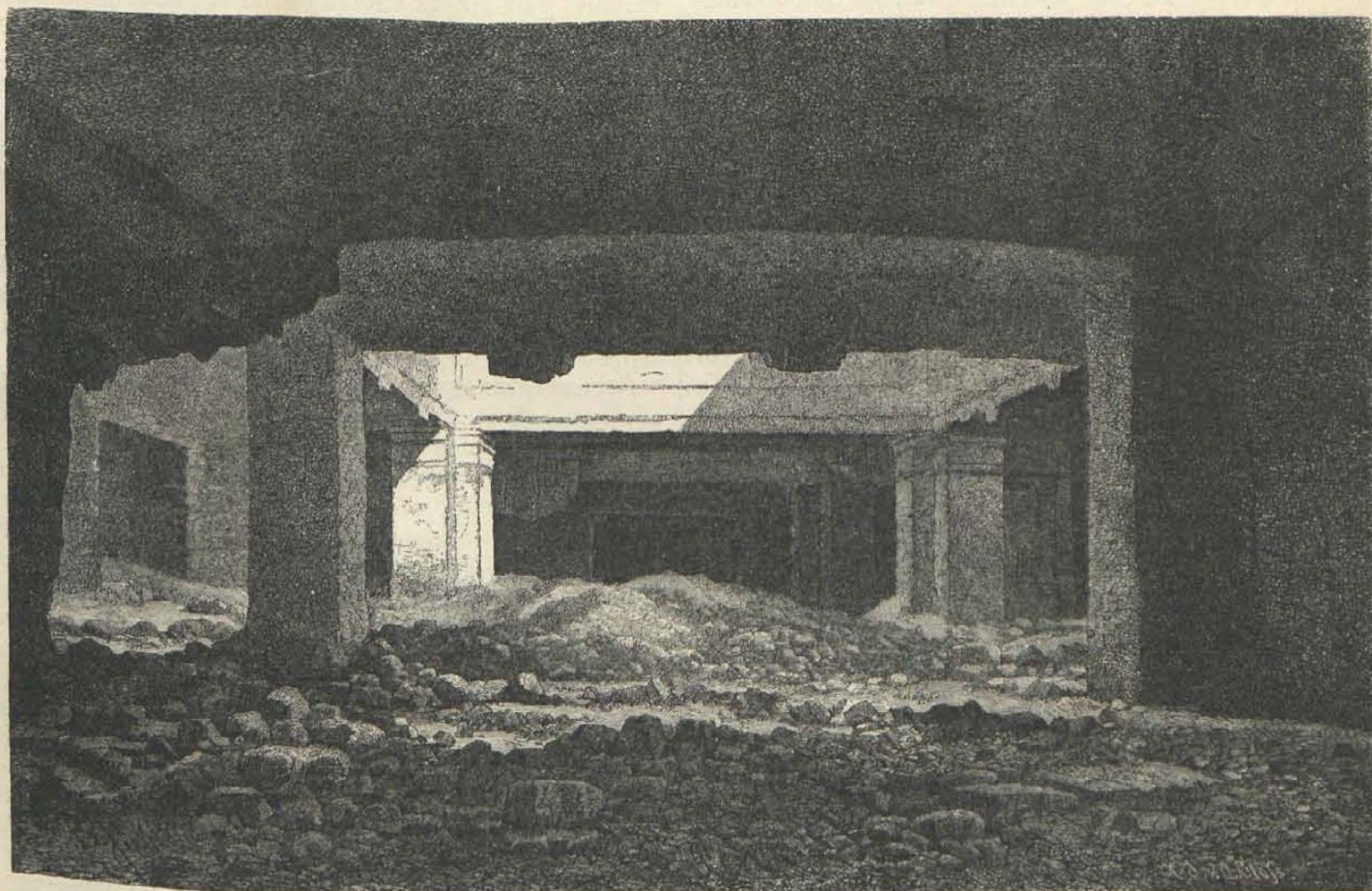




EGIPTO. — Catacumbas de Alejandría.

(Véase la página 46).

MARRUECOS,

POR

EDMUNDO DE AMICIS.

(CONTINUACION).

TÁNGER.

II.

El personal de la embajada.—Aspecto extrínseco de la Legacion.—Un poco de geografia politica.—IMPRESIONES: El traje marroquí.—Maravillosa flexibilidad del árabe.—Su noble continente.—Su elegancia natural.—Su gallarda figura.

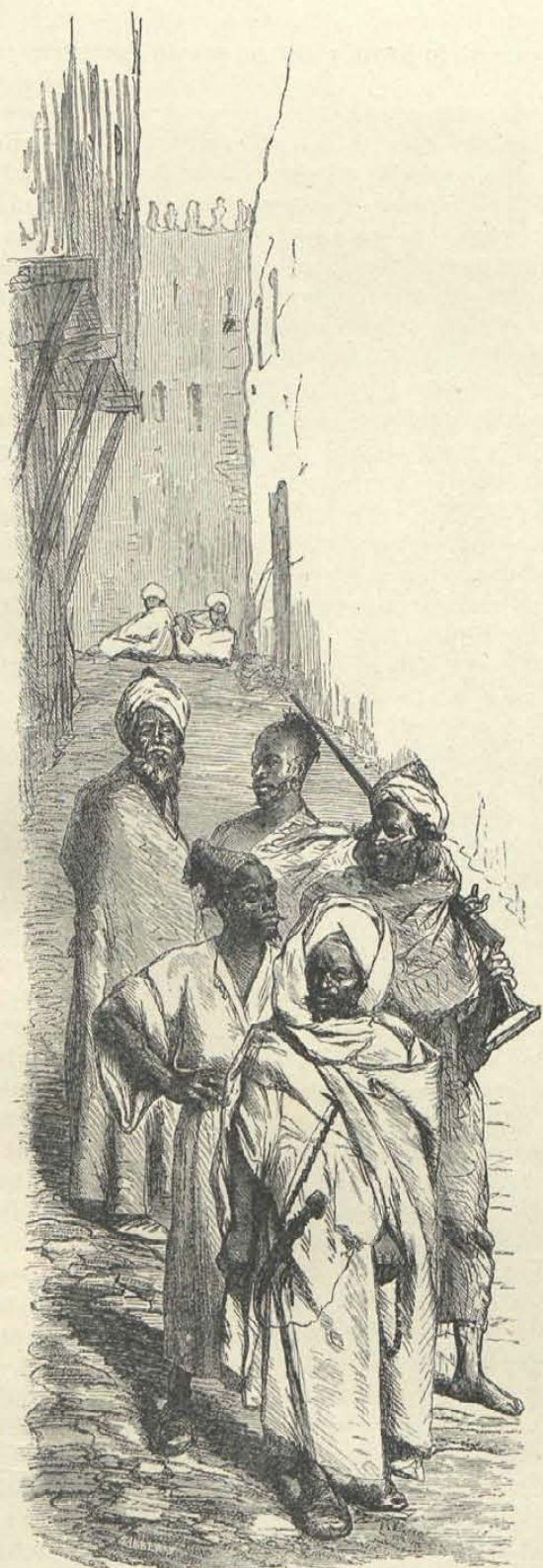
El día siguiente fui á presentarme á nuestro encargado de negocios, el comendador Estéban Scovasso. No podia acusarme en manera alguna de falta de puntualidad. El día ocho de abril habia llegado á mis manos, en Turin, la comunicacion en que se me participaba que la caravana saldria de Tánger el día diez y nueve: en la mañana del diez y ocho, encontrábame á la puerta de la Legacion. Personalmente me era desconocido el comendador Scovasso; pero sabia de él lo suficiente para que sintiera grandes deseos de conocerlo. De dos de sus amigos á quienes me dirigí ántes de mi partida, con el objeto de adquirir respecto de él alguna noticia, aseguróme el uno que era hombre capaz de trasladarse desde Tánger á Tumbuctu sin más compañía que un par de pistolas: el otro habia calificado duramente su pésima costumbre de exponer su vida para salvar la de los demás. Gracias á semejantes indicaciones, reconocíle en cuanto le ví de lejos, ántes aun de que el intérprete de la fonda, que me acompañaba, hubiese tenido lugar de señalarmelo. Hallábase á la puerta de la Legacion en medio de algunos árabes inmóviles, que con ademan respetuoso parecian aguardar órdenes. Presentéme, recibíme como quien era, exigió que desde aquel momento formara parte del cuartel general, y me comunicó noticias importantes sobre la expedicion. La partida se habia fijado para el primero de mayo, en razon á hallarse en aquellos días la embajada inglesa en Fez, de donde se aguardaban los caballos, camellos y mulos que debian conducirnos, y una escolta de caballeria que tenia el encargo de acompañarnos. Un transporte de nuestra marina de guerra, el *Dora*, anclado en aquella sazón en la rada de Gibraltar, habia ya conducido á Larache, sobre la costa del Atlántico, los regalos que Víctor Manuel hacia al emperador de Marruecos. El objeto principal del viaje consistia, por parte del encargado de negocios, en la presentacion de las credenciales al jóven sultan Muley el Hassen, elevado al trono en setiembre de 1873. Nunca habia llegado á Fez embajada alguna italiana; era aquella la vez primera que el pabellon de la nueva Italia penetraba en el interior de Marruecos, y por consiguiente desplegábase toda la pompa y aparato para recibirla cual era debido. Nuestro ministro de la Guerra habia enviado, para que de ella formara parte, un capitán de estado mayor, el caballero Julio de Boccad; el de Marina un capitán de fragata, el señor Fortunato Cassone, comandante entónces del *Dora*, hoy capitán de navío, que con el vice-cónsul italiano de Tánger y nuestro agente consular en Mazagan, constituian el personal oficial de la embajada. Los pintores Ussi, de Florencia; Biseo, de Roma, y yo, íbamos agregados á ella en virtud de invitacion particular del señor Scovasso. Excepcion hecha del agente de Mazagan, hallábamonos en Tánger todos los expedicionarios en el día á que me refiero.

Mi primera ocupacion en cuanto quedé solo, consistió en observar las condiciones de la casa en que me hallaba, pudiendo desde luego consignar, que la morada de un

ministro europeo en África, y sobre todo de un ministro en el ejercicio de sus funciones, que hace los preparativos indispensables para un viaje al interior, es un objeto verdaderamente digno de observacion. Por lo que se refiere al edificio, nada tiene que le dé carácter extraordinario: blanco y desprovisto por de fuera de todo adorno, precédele un jardincillo; ostenta en el centro un patinejo, y en éste cuatro columnas sobre las cuales descansa una galería cubierta, que á la altura del primer piso, da la vuelta en derredor. Es un edificio parecido á las casas de familia acomodada de Cádiz ó de Sevilla: en cambio las gentes y, en especial, su manera de vivir, fueron para mí cosa nueva completamente. El ayuda de cámara y el cocinero eran italianos, del Piamonte: habia una criada mora de Tánger y una negra del Sudán, que iban descalzas: los criados y mozos de cuadra eran árabes y vestian largas túnicas blancas: la guardia consular usaba fez, caftán rojo y puñal, y todo el mundo estaba en continuo movimiento. Además, á ciertas horas se unia un enjambre de operarios hebreos, ganapanes negros, intérpretes, soldados del bajá y moros protegidos de la Legacion, que formaban entre todos una baraunda espantosa. El patinejo rebosaba de cajas, camas de campaña, tiendas y faroles, escuchándose continuamente el seco golpear del martillo, el estridente chirrido de la sierra, y la voz de las gentes del servicio doméstico que se llamaban entre si con los nombres de Fátima, Racma, Selam, Mohamed, Alí, Abd-er-Rhaman. ¿Y qué diremos de la mescolanza de las lenguas? Un moro daba un recado en árabe á otro moro, que lo trasmitia en español á la criada, y ésta á su vez lo repetia en piamontés al cocinero. Era aquello un encadenamiento continuado de traducciones, comentarios, equívocos, dudas y exclamaciones, bordado de *Por Dios*, de *Alá*, y de juramentos ó interjecciones italianas. En la calle veíase una verdadera procesion de caballos y de mulas: ante la puerta un grupo de curiosos, ó de pobres diablos, árabes y hebreos, aspirantes á una proteccion lejana de parte de la Legacion: de cuando en cuando la visita de un ministro ó de un cónsul, ante cuya presencia inclinábanse todos los fez y todos los turbantes: á cada instante la aparicion de un mensajero misterioso, de un uniforme desconocido, de una cara extraña, y en resúmen, un conjunto abigarrado, confuso y variado hasta lo infinito, de figuras, colores, ademanes, voces, acentos ó idiomas, en donde sólo faltaba la música, para que el espectador se hubiese creído transportado á un teatro en el cual hubiese tenido lugar la representacion de un baile mímico de asunto oriental.

Hechas estas observaciones, ocurrióme que, ántes de ocuparme en el estudio de las costumbres, me convenia enterarme, por medio de alguno de los libros de mi huésped, de las circunstancias del país en que me hallaba. Esta region, comprendida entre el Mediterráneo, la Argelia, el desierto de Sahara y el Océano, atravesada por la vasta cordillera del Atlas, cruzada por algunos rios caudalosos, abundante en dilatadas llanuras, en la cual se encuentran todos los climas, rebosando en inestimables riquezas correspondientes á los tres reinos de la naturaleza, y destinada por su posicion á ser la principal via de comercio entre Europa y el África central, cuenta al presente con una poblacion de unos ocho millones de habitantes, berberiscos, moros, árabes, hebreos, negros y europeos, esparcida en un territorio más extenso que la Francia. Los berberiscos, que forman el fondo de la poblacion indígena, salvajes, turbulentos, indómitos, moran en las inaccesibles estribaciones del Atlas, casi en independencia absoluta de la autoridad imperial: los árabes, pueblo conquistador, ocupan la parte llana, haciendo la vida nómada del pastor, y conservan

notables rasgos de la fiereza de su antiguo carácter: los moros, árabes cuya raza ha degenerado al cruzarse con otras, descendientes en su mayor parte de los que durante largos siglos vivieron en España, habitan en las ciudades



Tipos marroquíes.

y son los dueños de la riqueza, del comercio y de los cargos públicos: los negros, cuyo número se acerca á quinientos mil, proceden del Sudan, y se ocupan en las labores domésticas como criados, en las faenas agrícolas, ó sirven como soldados: los hebreos, en número casi igual al de los negros, descendientes casi todos de los desterrados de Europa en la Edad Media, oprimidos, vejados, odiados y perseguidos como en parte alguna, se dedican á las artes, á los oficios y al comercio, y con el ingenio, la ductilidad y la constancia que caracterizan á su raza, se industrializan de mil distintos modos,

hallando una compensación á las vejaciones de que son víctimas, en la posesión de las riquezas arrancadas á sus opresores: los europeos, á los cuales la intolerancia musulmana vá paulatinamente arrojando del interior, para dejarlos reducidos á la costa, y que no llegan á dos millares en todo el imperio, habitan principalmente en la ciudad de Tánger, viviendo con toda seguridad á la sombra del pabellón de los consulados. Esta población heterogénea, dispersa, inconciliable, más bien que amparada, hállase oprimida por un gobierno despótico, que como un pólipo inmenso chupa todos los humores vitales del Estado. Las tribus y las aldeas obedecen á los jeques; las ciudades y las poblaciones á los caides; las provincias al bajá, y el bajá al Sultán, gran scherife, pontífice máximo, juez supremo, ejecutor de la ley que de él emana, y dueño de cambiar á su antojo moneda, impuestos, pesos, medidas, en suma, señor absoluto de las vidas y haciendas de sus súbditos. Bajo el peso de semejante gobierno, y reducido al inflexible círculo de hierro de la religión musulmana; fuera del alcance de todo influjo europeo, é impregnado de un fanatismo salvaje, cuanto en los demás países se mueve y se agita, permanece en éste inmóvil ó semi-arruinado. El comercio yace oprimido por el monopolio, por las disposiciones prohibitivas de importación y exportación, y por la caprichosa movilidad de las leyes. La industria, reducida á la inacción merced á las ataduras puestas al comercio, encuéntrase en el mismo estado en que se hallaba al ser lanzados los moros de España, con sus instrumentos primitivos y con sus infantiles procedimientos. La agricultura, cargada de gabelas, sin derecho á la exportación de productos, limitada á proveer las necesidades más indispensables de la vida, hállase en tal estado de decadencia que apenas si merece el nombre de arte. La ciencia, ahogada por las prescripciones del Corán, y contaminada de toda suerte de supersticiones, redúcese en las escuelas superiores á algunos elementos insignificantes, tales cuales se enseñaban hace seiscientos años. No existen imprentas, ni libros, ni cartas geográficas: hasta la misma lengua, corrupción del árabe primitivo, sólo representada por medio de una escritura imperfecta y variable, vá degenerando incesantemente: el carácter nacional se corrompe en la general decadencia, y toda la antigua civilización musulmana desaparece. Marruecos, este lejano baluarte occidental del islamismo, asiento un día de un reino poderoso que dominaba desde el Ebro al Sudan, y del Níger á las Baleares, lleno de florecientes universidades, de riquísimas bibliotecas, de sabios ilustres, de ejércitos y flotas formidables, no es al presente otra cosa más que un Estado insignificante, poco menos que desconocido, desolado y miserable, que opone sus postreras y débiles fuerzas á la invasión de la civilización europea, y que se mantiene sobre sus carcomidos cimientos, merced á los celos que su posesión despierta en las diferentes naciones de Europa.

En cuanto á Tánger, la antigua *Tingis*, que dió nombre á la Mauritania tingitana, y pasó sucesivamente del poder de los romanos al de los vándalos, de los griegos, de los visigodos, de los árabes, de los portugueses y de los ingleses, es una ciudad de quince mil almas, á la cual sus demás hermanas del imperio consideran como «una prostituta de los cristianos,» siquiera no queden ni restos tan sólo de las iglesias y monasterios que fundaron en ella los portugueses, y aun cuando la religión cristiana tenga sólo una pequeña capilla semi-escondida entre las casas consulares.

Con tales precedentes díme á recorrer las calles de Tánger, con el propósito de hacer estudios preparatorios

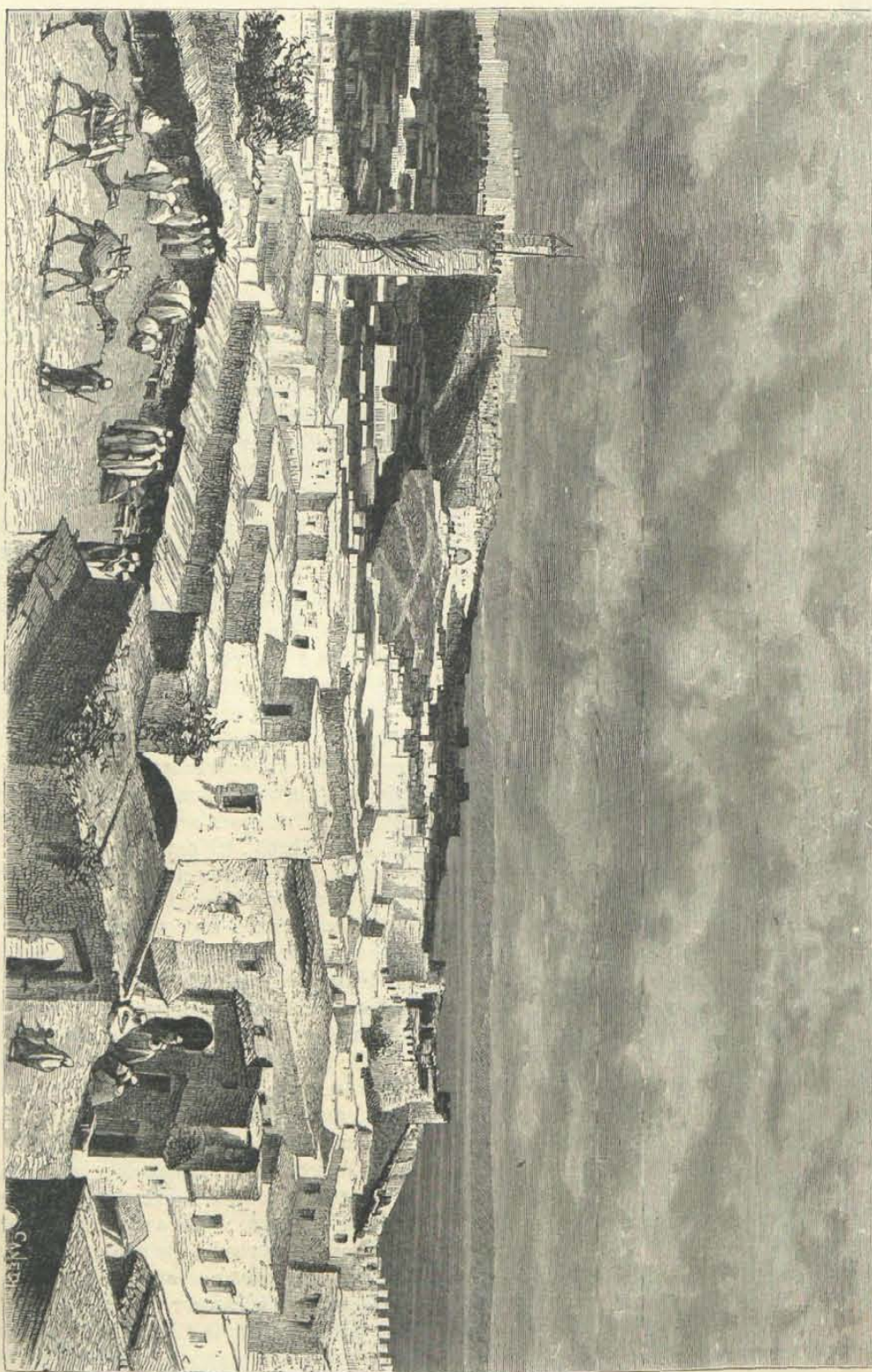
para mi viaje, notando día por día mis particulares observaciones. Véanse á continuación algunas de ellas, aisladas, incompletas, pero escritas bajo la inmediata impresión producida por los espectáculos, y por consiguiente, más eficaces y exactas que una descripción meditada.

Confieso que me siento humillado cada vez que pasa junto á mí un moro en traje de fiesta. Comparo mi sombrero con su enorme turbante de muselina; mi escueta americana con su holgado caftan celeste ó rosado; la angostura, en suma, de mi vestimenta negra ó gris, con la amplitud, la blancura y la sencilla y elegante majestad de la suya, y autójaseme que mi facha ha de tener algo de semejante á la de un escarabajo junto á una mariposa. Á veces desde la ventana de mi habitación me paso horas enteras contemplando un palmo de calzon color de sangre y una habucha amarillo de oro, que asoman detrás de una pilastra, junto á la plazoleta, y experimento un placer tal, que me es imposible apartar la mirada de semejantes objetos. Pero lo que más me enamora y hasta excita mi ambición, es el jaique, aquella luenga pieza de lana ó de seda blanquísima, con rayas trasparentes, que se arrolla alrededor del turbante, cuelga sobre la espalda, rodea el talle, descansa sobre el hombro, desciende hasta los piés, y velando vagamente los vivos colores del vestido, al más leve soplo de la brisa tremola, ondea, se hincha, parece que se infla-

me bajo los rayos del sol, y comunica á toda la persona la vaporosa apariencia de una visión fantástica. En este bellissimo velo envuelve y estrecha consigo á su esposa, el musulman enamorado, en la noche de sus bodas.

El que no lo haya visto no puede comprender hasta

qué punto posee el árabe el arte de tumbarse. En el sitio en que nosotros nos veríamos embarazados para colocar un saco de trapos ó un haz de paja, encuentran ellos manera de acomodarse tan perfectamente como en un colchón de pluma. Se adaptan á todas las desigualdades, llenan todos los huecos, se adhieren á las paredes cual si fuesen bajo-relieves, se alargan, se encogen según los accidentes del terreno hasta tal extremo, que nadie diría al verlos, sino que son mantos blancos puestos á secar: se retuercen, toman la forma de bola, de cubo, de monstruos sin brazos, ni piernas, ni cabeza; de manera que las calles y

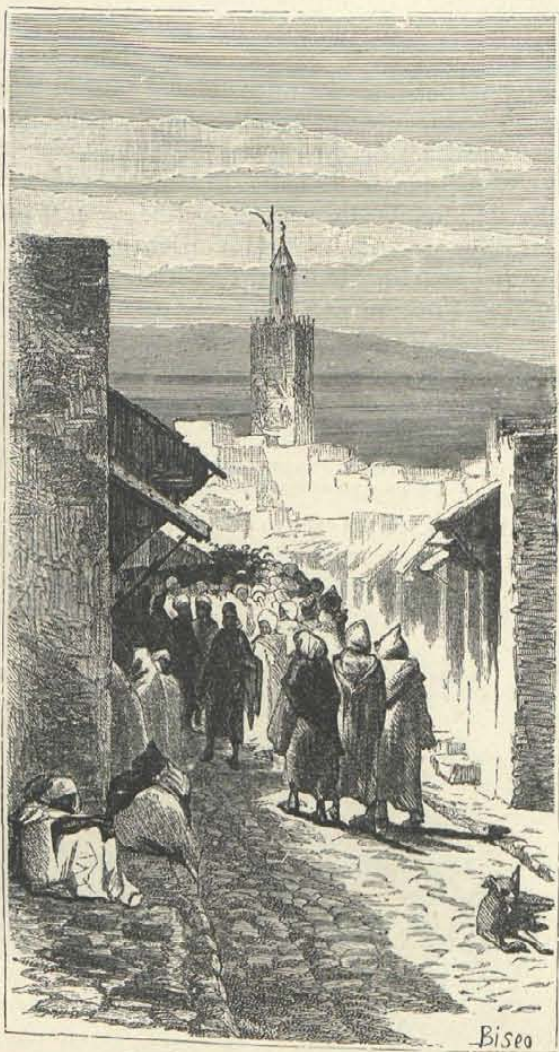


Tanger.

las plazas de las ciudades parecen sembradas de cadáveres y troncos humanos, como un campo de batalla después de la pelea.

Cuanto más contemplo estas gentes, mayor admiración me causa su majestuoso y gallardo continente. Entre nosotros apenas si hay uno que, ó por angostura del traje, ó por llevar el calzado ajustado en demasía, ó por vicio,

no tenga un andar desgarbado: en cambio el árabe se mueve con la elegancia y libertad de movimiento propios del soberbio animal salvaje. Por más que busco, no logro encontrar uno solo que ofrezca aquel aire de



Zoco de Barra. (Véase la página 3).

jaque, de bailarín, ó de amante desgraciado ó no comprendido, á que tan acostumbrados nos hallamos, merced á lo que abundan tales ejemplares en nuestro país. En su noble continente, en su andar majestuoso, se encuentra algo de la gravedad solemne del sacerdote, de la respetable majestad del rey, y del desgaire y desenfado del militar. Y es en verdad cosa extraña, que esa misma gente que se pasa tantas horas, casi la mayor parte del día, acurrucada, inmóvil, poco menos que entorpecidos sus músculos, en cuanto se halla acosada por una pasión, despliegue una fuerza, una energía, y un vigor en la expresión del rostro y en la modulación de la voz que rayan en el frenesí. Mas aun en los momentos en que se abandonan al dominio de las pasiones, conservan una especie de dignidad trágica que de seguro podría servir de modelo á muchos actores. Difícilmente olvidaré al árabe de esta mañana, un anciano alto y flaco que, habiendo recibido por un nonada un mentís de otro, de un cualquiera, con el cual había estado discutiendo tranquilamente, pálido, convulso, ha retrocedido unos pasos, y despues ha echado á correr calle abajo, cubriéndose el rostro con las manos crispadas y lanzando rugidos de ira y de dolor. En mi vida he visto una figura más terriblemente bella.

La inmensa mayoría sólo lleva encima una holgada capa blanca, y sin embargo, ¡cuánta variedad ofre-

ce la manera como la visten! Quien la lleva abierta, quien cerrada, éste echada á un lado, aquel sobre el hombro, estotra recogida, el de más allá suelta, pero todos puesta con garbo, con pliegues variados y pintorescos, cayendo en líneas fáciles y severas, como si la hubiese arreglado, ó mejor, cual quisiera saber arreglarla el artista más exigente. Todos tienen aire de antiguo senador romano. Esta mañana Ussi ha descubierto un maravilloso Marco Bruto en medio de un grupo de beduinos. Debo consignar que si no se tiene adquirida la costumbre, la capa por sí sola no basta para ennoblecer la figura: algunos de los nuestros hánse provisto de ella para el viaje, pero por más vueltas que le han dado, nunca han conseguido parecer más que viejecillos convalecientes envueltos en una sábana á la salida del baño.

Todavía no he logrado ver entre los árabes un giboso, ni un contrahecho, ni un raquíto: en cambio abundan los que han perdido la nariz á consecuencia del morbo céltico, y son muchísimos los ciegos, y de estos en gran número los que tienen huecas las cuencas de los ojos, espectáculo que me hace estremecer cada vez que considero que algunos lo deben á hallarse en vigor en el imperio la horrible ley del talion. Pero en cambio en medio de tantas figuras extrañas y mortificantes, no se descubre una sola imperfección ridícula. Y es que los defectos insignificantes; desaparecen bajo la holgura del traje, del mismo modo que el grave continente y el color leñoso, térreo ó bronceado de las carnes, disimulan las huellas de los años. Así se explica que se encuentren á cada paso hombres de edad indefinible, de los cuales solamente puede decirse que no son ni viejos ni jóvenes,



Músico árabe.

pues ó se juzgan ya en los últimos términos de la edad varonil y una sonrisa fugaz revela inesperadamente el vigor de la juventud, ó se les considera jóvenes, y por debajo del capuchon asoman los mechones de su pelo gris.

(Continuará).

Traducido del italiano por
GAYETANO VIDAL DE VALENCIANO.

ARMONÍAS DEL SONIDO.

HISTORIA DE LOS INSTRUMENTOS MUSICALES,

POR

J. RAMBOSSON.

(CONTINUACION).

PRIMERA PARTE.

ORÍGEN DE LA MÚSICA;

SU INFLUENCIA EN LO FÍSICO Y EN LO MORAL.

CAPÍTULO PRIMERO.

ORÍGEN DE LA MÚSICA.

Naturaleza de la música. — Su origen verdadero y su origen fabuloso y legendario. — De qué modo se han formado el arte y la ciencia de la música. — Diversas opiniones de los modernos y de los antiguos: Lamartine, Chateaubriand, Fetis, Scudo, Homero, Pitágoras, Sócrates, Platon, Lucrecio, Quintiliano, etc. — El ministro chino y la gama. — Armonía que producen los bambús. — Los emperadores chinos y la música. — Orquesta inmensa de los varios follajes. — Armonía de las esferas celestes. — Yopas y el ciego Demodocos.

I.

Si algo existe antiguo y siempre nuevo, algo que despierte un interés universal, es ciertamente la música. Al meditar sobre todos los hechos curiosos, sobre todas las maravillas que su estudio nos recuerda, la primera pregunta que se ocurre á nuestro espíritu, es la siguiente:

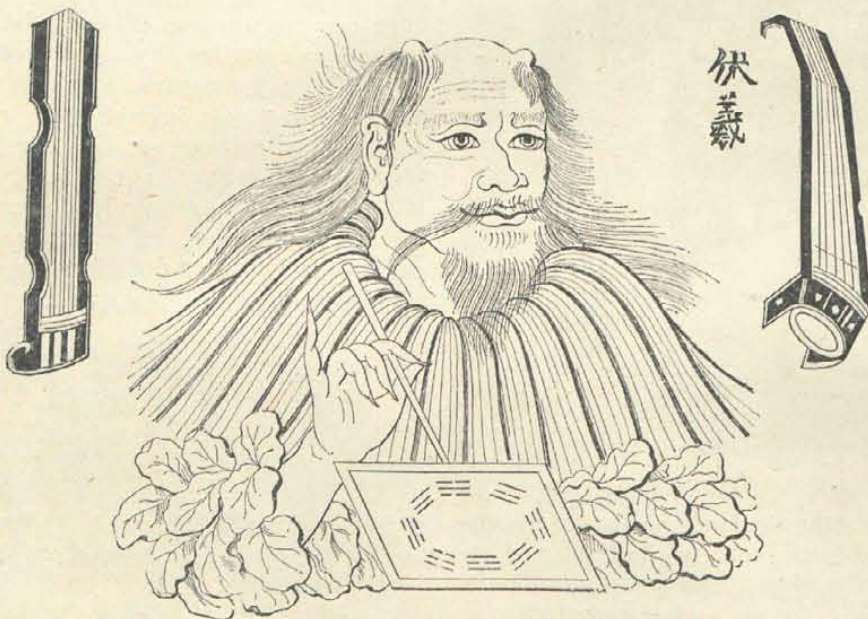
¿Cuál es el origen de la música?

Cuestion [es esta que viene resuelta por sí misma: en efecto, ¿quién no ve que el gérmen de la música se encuentra naturalmente en todos los hombres; que todos ellos tienden á cantar, á crearse instrumentos de música y á tocarlos, haciéndolo en un principio de un modo sencillo, ingenuo y hasta grosero, que luego se vá perfeccionando con la reflexion y con la práctica? Sí, el hombre encuentra en su propia naturaleza los primeros elementos de la música, que, gracias á la observacion, se convierten despues en arte y en ciencia. Las Santas Escrituras y todas las antiguas tradiciones le atribuyen un origen antediluviano.

El canto es el lenguaje más elevado y más poderoso de cuantos posee el hombre.

Cuando los pensamientos y los sentimientos se desbordan, en lugar de manifestarlos hablando, los cantamos instintivamente, sin aperebirnos de ello. «¿Acaso la música, nos dice Lamartine, es otra cosa que ese suspiro, ese gemido, ese grito melodioso, que nace en nuestros labios, cuando empieza á ser imposible la expresion de una idea con la palabra?... El alma siente la necesidad ó el instinto de expresarse, segun la naturaleza de sus sensaciones, ora por medio de palabras, ora valiéndose del canto. El instinto de cantar es tan natural en el alma humana, sobre todo en el alma conmovida, como el instinto de hablar.»

El alma, en efecto, canta todo cuanto la simple palabra, hablada ó escrita, no puede por sí sola revelar.



Fou-Hi y los instrumentos musicales de su invencion (3408 años ántes de J. C.)

Cuando las naturalezas, aun las ménos sensibles, se encuentran sorprendidas por algun acontecimiento inesperado que las impresiona vivamente, se dilatan ó se contraen, se expresan, se comunican por algunas melodías inarticuladas que murmuran.

Los grandes sentimientos, las grandes alegrías, se exhalan por medio de gritos, de exclamaciones, de cantos espontáneos: los grandes dolores cantan tambien; los largos gemidos, los profundos suspiros, los quejidos de abatimiento, los desgarradores sollozos, todos tienen su ritmo, su medida, su melodía. El famoso *Stabat* de Pergolese ha sido inspirado, segun se dice, por los sollozos incomparables de una madre que lloraba al pié de la horca en que acababa de espirar su hijo.

A. de Musset nos dice en *La noche de mayo*:

Los cantos más desesperados son los más bellos;
Y yo conozco algunos inmortales que son puramente sollozos.

M. de Lamartine dice igualmente:

El alma canta en sus torturas,
Y cada una de sus heridas
Produce un acorde más sublime.

Chateaubriand, en su *Genio del Cristianismo*, expresa la misma idea, aunque en distinta forma: «Existe, sin

duda, dice, una oculta armonía en el infortunio, pues todos los desgraciados sienten inclinacion hácia el canto.»

II.

El canto es, pues, tan antiguo como el hombre y tan natural como la palabra; ha nacido espontáneamente tan luego como aquél ha experimentado una emocion profunda. Cuando la palabra no basta para expresar nuestras ideas y nuestros sentimientos, viene naturalmente en su

auxilio el canto, expresion por excelencia de los sentimientos grandes y profundos, que van inseparablemente unidos á los grandes y profundos pensamientos. Por eso Dios, el amor, la patria y la familia, ideas que son la fuente de las más íntimas, más desinteresadas y más sublimes emociones del hombre, son asimismo el manantial más fecundo de donde se sacan habitualmente las grandes inspiraciones del canto.

El canto es tan natural en el hombre que los mismos niños, cuando apenas saben hablar, cantan sus impresiones en un canto especial, peculiar suyo, que emiten instintiva y espontáneamente.

La más sencilla observacion basta para convencerse de que el gérmen de la música descansa en la esencia misma del hombre.

En el trascurso de los siglos, las naturalezas mejor dotadas, las mejor dispuestas, han logrado expresar la causa de su alegría, de su dolor, de su modo de ser en general, por medio de palabras sujetas á un metro y á ellas han aplicado un canto inspirado por la índole de sus sentimientos; y esas palabras y esos cantos han sido luego repetidos por todos aquellos que se sentian inclinados á experimentar las mismas emociones.

Tal es, evidentemente, el origen de la música: el que creó al hombre depositó el primer gérmen de aquel divino arte en su misma naturaleza; gérmen fecundo que se ha ido posteriormente desarrollando según las leyes de su alma y de su organización.

Las naturalezas privilegiadas, las que han sobresalido en las artes y las han estudiado especialmente, han podido descubrir poco á poco sus leyes, gracias á una atenta y perseverante observación; las han formulado, las han reunido en cuerpos de doctrina y han, de este modo, constituido la teoría del arte. Ellas son las que, por decirlo así, han elevado el arte al estado de ciencia, y aun «la historia de la música, dice M. Fetis, nos muestra los elementos de este arte coordinados de un modo sistemático desde los primeros tiempos del mundo.»

Se ha hablado antes de que existiesen gramáticas; hubo hombres elocuentes antes de que se conociesen las leyes de la elocuencia; se construyeron monumentos antes de que hubiese tratados de arquitectura; se dibujó antes de que nadie pudiese darse cuenta de las leyes de perspectiva; y asimismo se ha cantado y se han tocado instrumentos musicales, antes de que estuviese formulada la teoría del sonido y de la música. Y es que estudiando los procedimientos de que se han servido los grandes maestros en todos los géneros, se han podido descubrir y formular las leyes que instintivamente les servían de guía; pero una vez conocidas estas leyes, permiten que el talento se manifieste con mayor prontitud y que adquiera más fácilmente superior grado de perfección.

III.

No obstante, el espíritu humano se ha complacido siempre en rodear de leyendas y de fábulas el origen de artes que son tan antiguas como el hombre; y las más de las veces ha sido considerado como creador de todo un arte, aquel que ha llamado la atención de sus contemporáneos sobresaliendo en una parte cualquiera de él, ó aquel que ha tenido el mérito de fijar algunas de las leyes seguidas hasta entonces espontáneamente, instintivamente, por la naturaleza humana.

No es, por lo tanto, de extrañar que los datos debidos á la antigüedad tocante á orígenes, se reduzcan á menudo á una mezcla de picarescas fábulas, de graciosas leyendas y de algunas verdades exageradas ó dudosas. Pretenden unos, por ejemplo, que el hombre aprendió á modular á consecuencia de haber oído las armonías del viento; sostienen otros que la idea de la música surgió del sonido que producen las cañas que crecen á orillas

de los ríos cuando el aire sopla en sus tubos; los griegos creían ser deudores de la música bien á Mercurio, bien á Apolo, y hasta al mismo Júpiter; Herodoto atribuye la introducción de ese arte en Grecia á Cadmo y sus compañeros; en una palabra, sería cosa de nunca acabar si hubiésemos de reproducir cuantos orígenes se han atribuido á la música.

Sin embargo, el velo que envuelve en todos los pueblos esos orígenes, oculta casi siempre, de una manera más ó menos trasparente, profundas y útiles verdades. M. Scudo cita á este propósito una bella leyenda, debida á cierta tradición china: sabido es que los chinos son muy aficionados á explicar de una manera pintoresca los orígenes de todas las cosas. «Diez mil seiscientos años antes de Jesucristo, dice, el emperador ordenó á cierto ministro poner término al desorden que existía en la escala musical. El ministro se trasladó, al efecto, á la cima de una elevada montaña poblada de bambús; cogió uno de estos, lo cortó entre dos de sus nudos, quitó la tripa y, soplando en la caña vacía, obtuvo de ella un sonido ni más alto ni más bajo que el tono empleado por

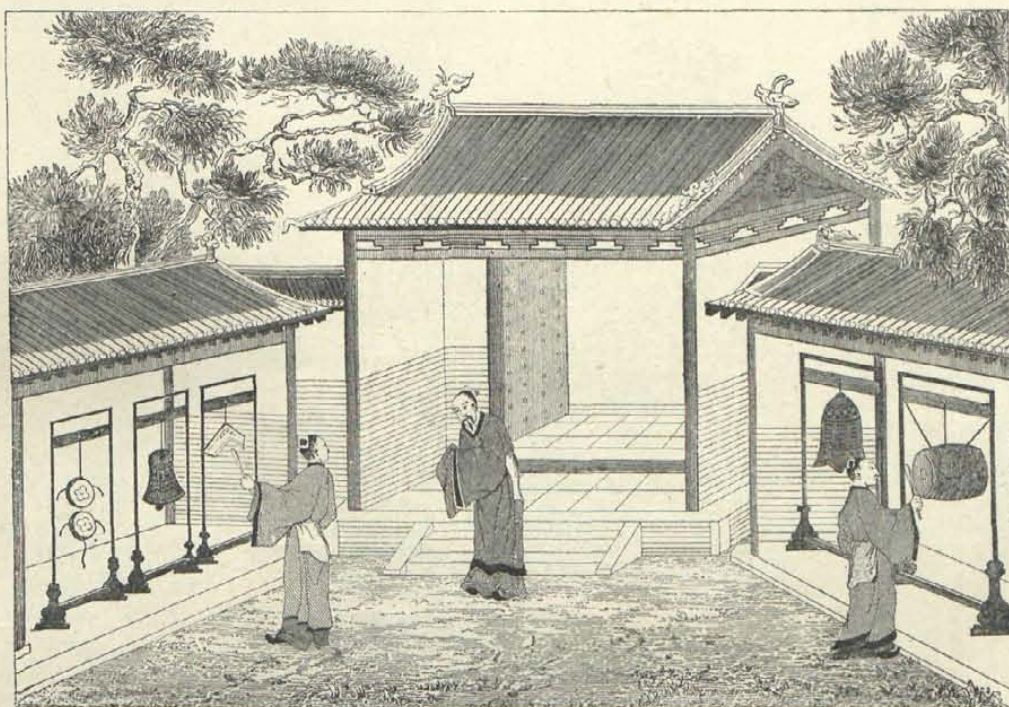
él mismo para sus razonamientos, cuando no se hallaba bajo la influencia de ninguna pasión. Este sonido sirvió para fijar el tono generador de la música. Continuaba el ministro verificando algunos experimentos necesarios para conseguir el objeto que se había propuesto, cuando dos pájaros, macho y hembra, vinieron á posarse sobre un vecino árbol. El

macho prorumpió á cantar y produjo seis sonidos; otros seis produjo la hembra; y el conjunto de los doce formaron los doce grados de la escala cromática. El ministro, aprovechando la lección que le acababan de dar, cortó doce bambús y les dió la longitud necesaria para que produjesen los doce semi-tonos ó grados cromáticos que vienen comprendidos en la unidad de la octava.»

En los venturosos países, en cuyo suelo nace el bambú, los felices amantes y los doloridos corazones hacen, según se dice, algunos agujeros á esos largos canutos de caña, y los combinan de modo que cuando sopla el viento sean la expresión fiel de su alegría ó desventura. Nada hay tan suave como los acentos que por este medio hacen producir las almas sensibles á las brisas de la noche, que vienen á cantar en esas armoniosas cañas, convertidas á su vez en flautas y arpas cólicas.

IV.

El emperador de la China, Fou-Hi I (3468 años antes de Jesucristo), fué quien dió en aquel país las reglas de



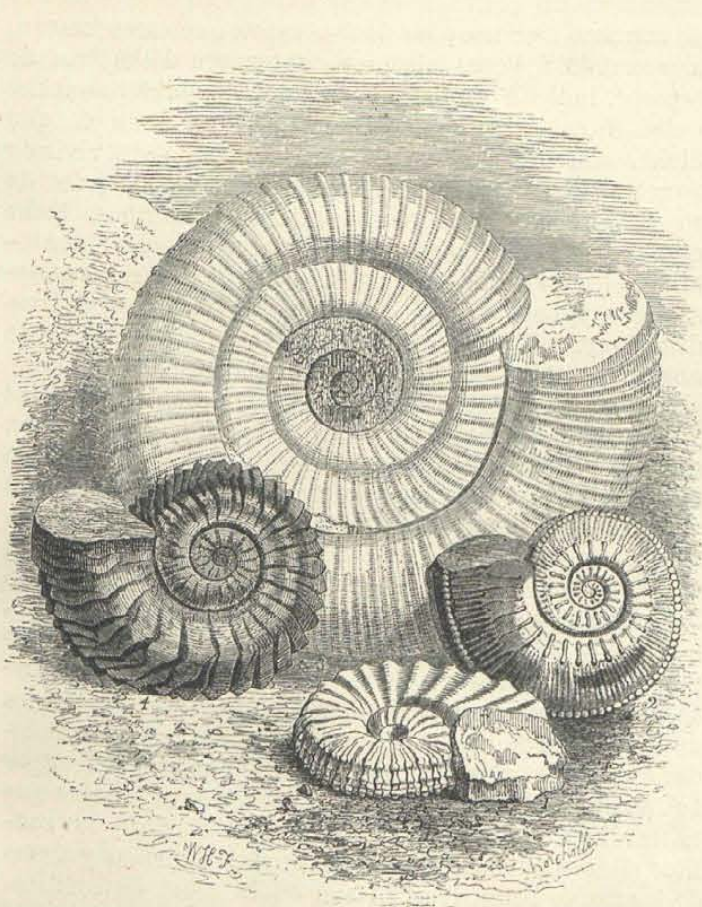
Tablilla acusadora y tambor aconsejador del emperador Yao (2337 años antes de J. C.)



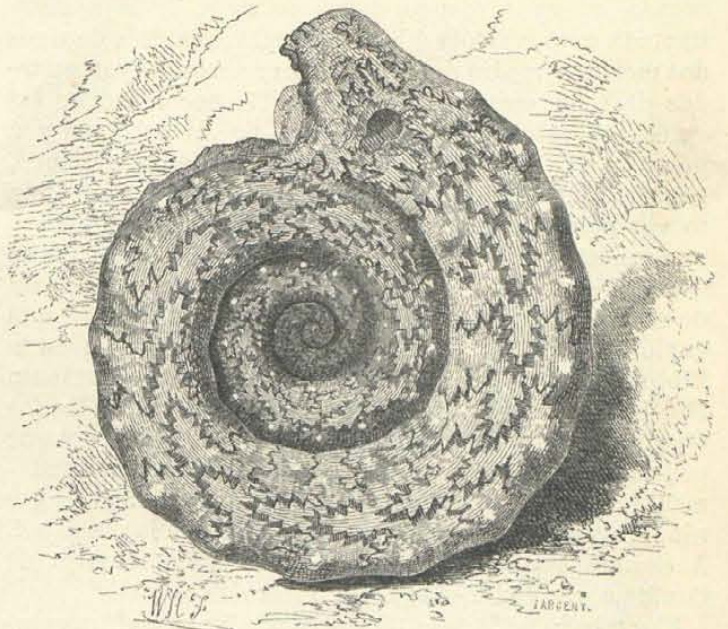
*a Moragas non a michi
Tosco-Roma*

EL BOTÁNICO, por Mariano Fortuny.

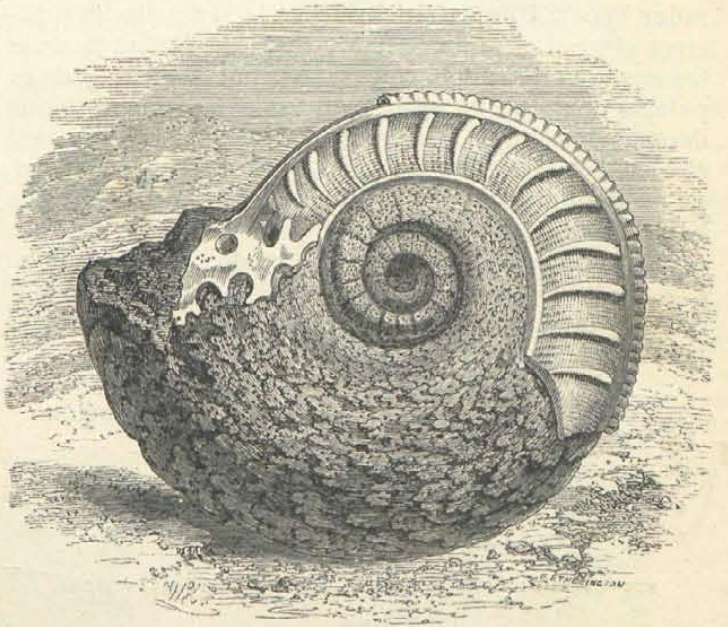
(Copia de un agua fuerte de la coleccion que posee su amigo, el pintor don Tomás Moragas).



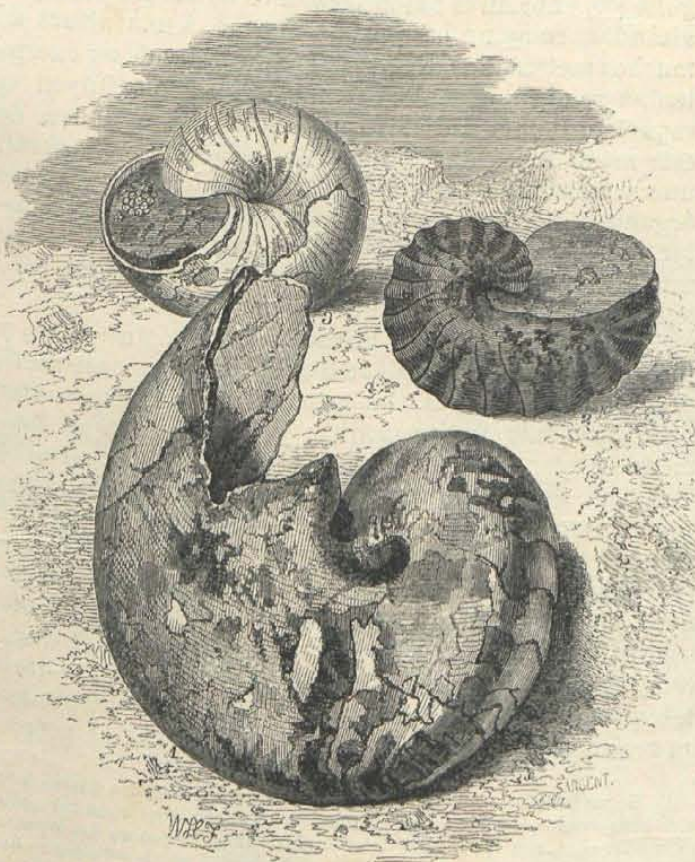
1. Ammonite Rhotomagensis. Lk. 3. Ammonite giganteus. Sw.
2. Ammonite Gulielmi. Sw. 4. Ammonite vertebralis. Orb.



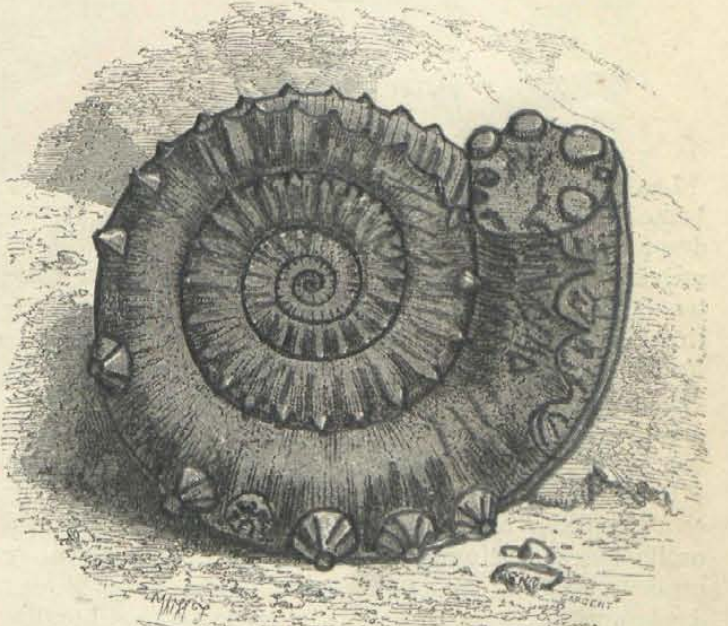
Ammonite catena. Ow.



Ammonite serratus. Orb.



1. Nautilus giganteus. Ziet.
2. Nautilus undulatus. Sw. 3. Nautilus regalis. Sw.



Ammonite armatus. Sw.

T. 1.—6.

EL MAR.—(Véase la página 43).

la música, según se dice: tomó un trozo de la madera llamada *tong*, vacióla é hizo con ella una lira de unos dos metros y medio de largo, llamada *kin*, cuyas cuerdas de seda, eran en número de 27, por más que las opiniones estén discordes acerca de su número, y á pesar de que algunos escritores sólo le conceden cinco, como símbolo de los cinco planetas. Cuando Fou-Hi la tocaba producía un sonido celeste. Más tarde construyó una guitarra de 36 cuerdas llamada *sse*. El dibujo chino que reproducimos (pág. 38) está sacado de una colección de cien retratos de hombres célebres de la China que envió de este país el padre Amiot, y se encuentra en la Biblioteca nacional de París. En ese dibujo presenta Fou-Hi unas proeminencias frontales que figuran los dos cuernos de buey que le ha atribuido la tradición, y que podrían también ser consideradas, quizás más acertadamente, como un emblema primitivo del poder y del genio. Su vestido es de corteza ó de grandes hojas de árbol. A ese emperador se hace remontar el comentario de Confucio sobre el *Y-King*, libro simbólico.

El grabado de la pág. 39, sacado de las magníficas pinturas chinas, sobre tela de seda, existentes en la Biblioteca nacional de París, representa un hecho notable. El emperador Yao (2357 años ántes de J. C.) dió á todos los príncipes el gran ejemplo de hacer llegar la verdad hasta el trono; para ello mandó colocar en la puerta exterior de su palacio una tablilla, en la cual todos los chinos tenían derecho de escribir cuantos avisos creyesen útiles para el bien del imperio, y las faltas que creyesen poder imputar al emperador en su gobierno. Junto á la tablilla habia un tambor que tocaba el que acababa de escribir: el emperador, advertido por el ruido, se hacia llevar acto continuo la tablilla y aprovechaba las luces que este medio le proporcionaba, ya para hacer justicia, ya para reformar la administracion.

Traducido del francés por
MANUEL ANGELON.

(Continuará).

EL MAR,

SUS POBLADORES, SUS DOMINIOS, SUS TESOROS Y MARAVILLAS,

POR

DON SANTIAGO A. SAURA.

(CONTINUACION).

INTRODUCCION.

II.

Las faunas y floras de los grandes períodos que acabamos de enumerar y que, como hemos dicho, fueron desapareciendo una en pos de otra de la vida latente del universo, faltas de los elementos necesarios á su existencia, dejaron no obstante un número inmenso de testimonios irrefutables de su paso por la tierra en estado fósil, sin cuya presencia y los poderosos levantamientos del suelo que los dieron á luz, habrían sido completamente desconocidos por el hombre ó sepultados en lo más profundo de los mares.

De otra parte, la superficie de la tierra no es inmóvil: está sometida, bajo el impulso de la fuerza interior, á oscilaciones continuas: ciertas comarcas se elevan y otras descienden; y como estos fenómenos se reproducen desde remotos tiempos, han dado lugar á que el hombre averiguase por medio de irrecusables pruebas, los cambios que ha habido en los siglos que le han precedido en el planeta que habita. Todo el mundo sabe que

existen en un gran número de países extensos depósitos de conchas marinas; las densas capas que éstas forman, alcanzando á veces algunos centenares de metros de espesor, indican que el mar ha debido cubrir aquellos países durante un período muy dilatado, á fin de que dichas conchas pudieran tener el tiempo de vivir en aquel sitio, ó de ser trasportadas ántes ó después de su muerte por poderosas corrientes marinas. Estas capas de conchas son verdaderas necrópolis, conteniendo los restos de un gran número de poderosas generaciones que se sucedieron y muchos de cuyos individuos, merced á su estado fósil, han llegado hasta nosotros en perfecto estado de conservacion (1).

Sin hablar por el momento de los animales infusorios y de los materiales elaborados por los foraminíferos, en que nos ocuparemos más adelante, que han entapizado el lecho de los antiguos mares y van hoy envueltos entre las más finas arenas de las playas actuales, en un espesor y extension tales, que Buckland (2) ha podido decir con sobra de razon que la osamenta de los elefantes, de los cetáceos, de estos gigantes de la creacion, ocupa en la corteza sólida del globo un lugar incomparablemente menor que los despojos microscópicos de aquellos seres, y concretándonos á los tipos más notables de la antigua fauna oceánica que hoy aparecen trasladados á grandes alturas ó enterrados en profundas capas subterráneas, diremos que los primeros animales que entraron en la vida, después de los infusorios y los zoófitos microscópicos, en las aguas todavía turbias y tibias de los mares primitivos, fueron en la clase de zoófitos, los radiarios ó con estrías radiantes de la familia de los equinodermos; asterias ó esquinós, cuyos órganos más numerosos presentan una disposicion simétrica que no se halla en los infusorios; encrinidos ó azucenas de mar, pentacrinitos y apiocrinitos. «Estos hermosos zoófitos (animales-plantas) parecidos á unas flores, dice M. Margollé (3), cubrían el fondo del mar en donde estaban fijos, alzándose como un bosque sub-marino, á una altura de muchos metros. Las diversas partes sólidas de su cuerpo tenían ya alguna analogía con las que constituyen el esqueleto de los animales superiores, y formaban de este modo, alrededor de un tallo ó columna vertebral, una armazon muy complicada, destinada á proteger los órganos y á dar un punto de apoyo al sistema muscular. Los huesecillos petrificados de esta familia llenan numerosas capas calizas en donde se hallan sobre todo muchos restos de pentacrinitos y encrinidos.»

Siguieron después los briozoarios, los moluscoides, y luego los moluscos propiamente dichos, todos protegidos por robustas conchas. De estos últimos debemos citar principalmente los ammonites y los nautilus. El primero de estos dos géneros es enteramente fósil; al presente no tiene representante en nuestros mares, comprendiendo las conchas generalmente conocidas con el nombre de Cuernos de Ammon de los antiguos, á causa de su grosero parecido con los cuernos de un carnero. Su forma es, en efecto, la de una espiral arrollada sobre sí misma y comprimida por los lados. Su cavidad está compartida en una multitud de divisiones, por unos tabiques que parecen haber tenido por objeto aumentar su resistencia á la enorme presión del agua, al propio

(1) Según los pisos de las diferentes épocas geológicas, los fósiles han sido conservados con más ó menos pureza; los más antiguos, en las especies pequeñas, son los menos deteriorados, al paso que en las épocas más modernas, han aparecido y todavía se descubren muchos fósiles en un estado de conservacion admirable. Poseemos en nuestro gabinete zoológico algunos curiosos ejemplares de especies correspondientes á los terrenos mioceno inferior y superior y plioceno, que admiran por su estado de integridad y brillantez; dijérase que acaban de salir del mar.

(2) Buckl., *Trans. of the geol. Soc.*, 1.^a Sér.

(3) Zurcher y Margollé, *Le monde sous-marin*.

Fig 11

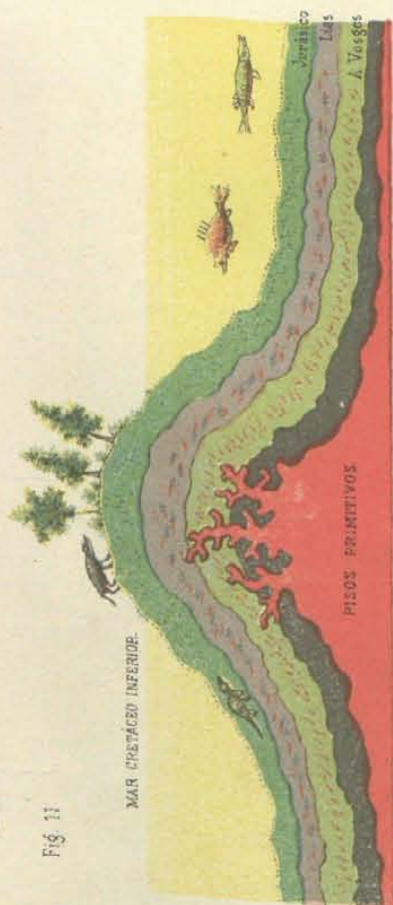


Fig 14

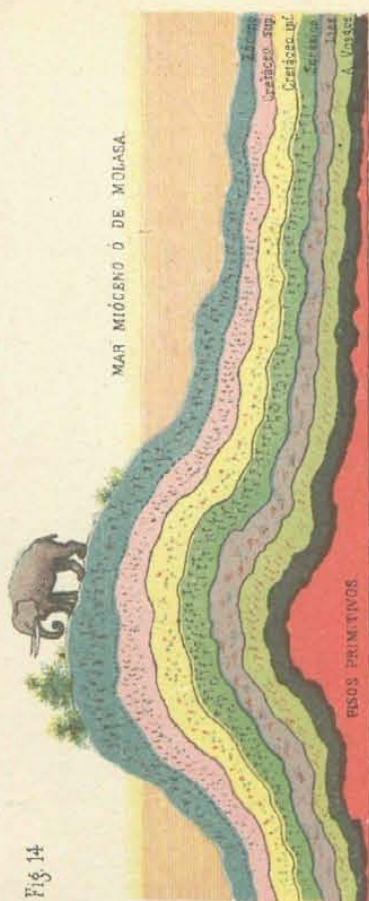


Fig 12

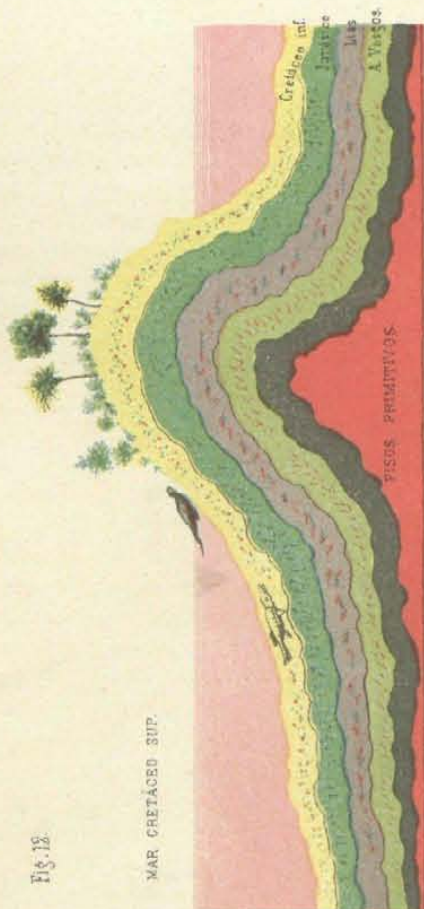


Fig 15

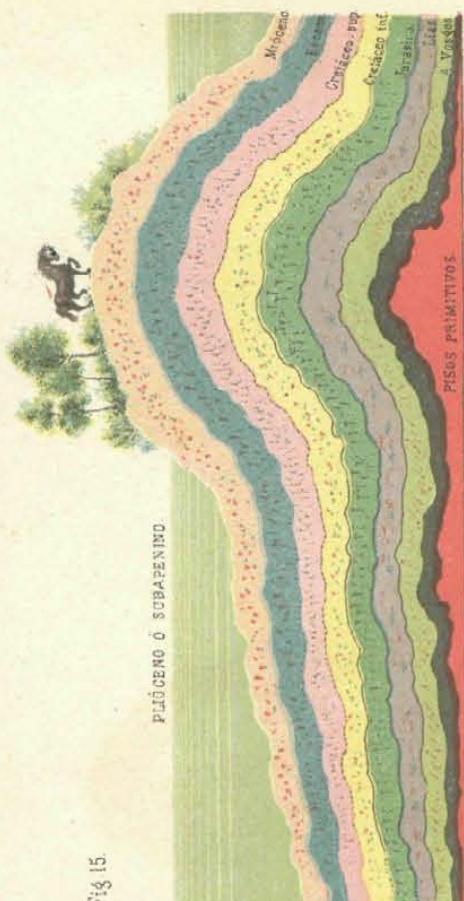


Fig 13

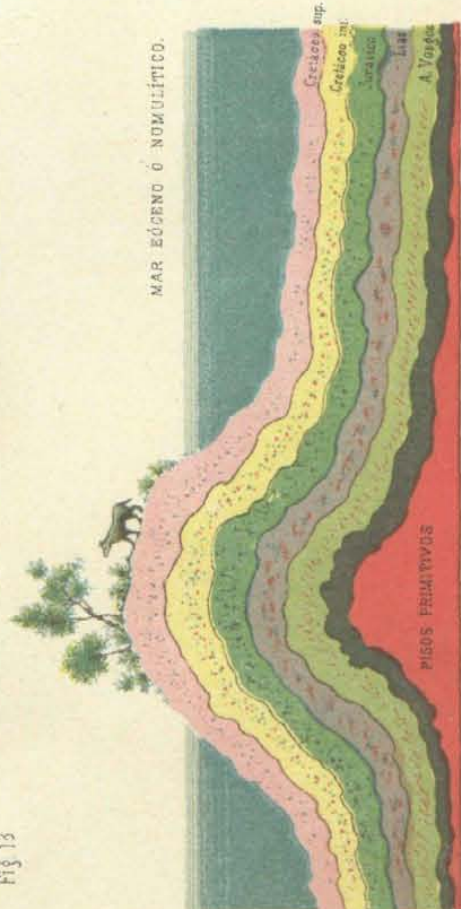
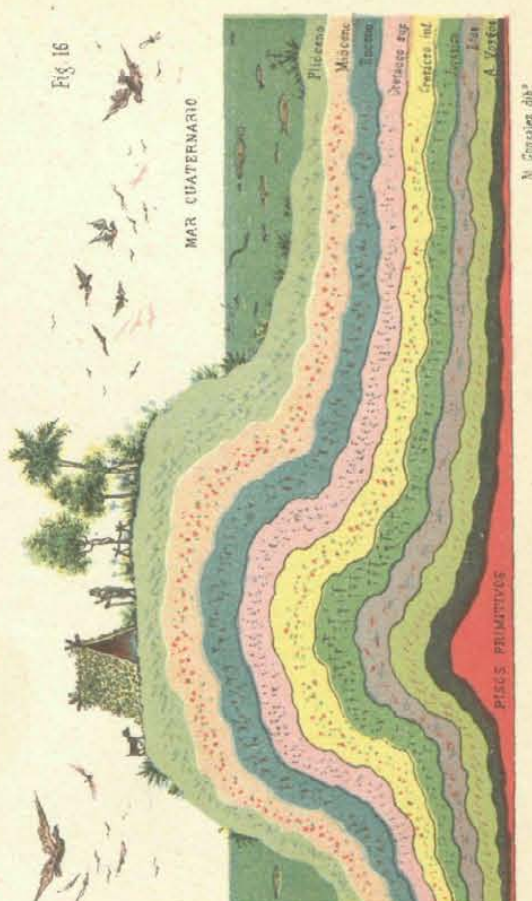


Fig 16



FORMACION DE LAS CAPAS TERRESTRES DESDE LOS TERRENOS CRETÁCEOS Á LA ÉPOCA CUATERNARIA



tiempo que las celdillas, llenándose de aire, permitían al animal remontar y flotar en la superficie. Esta disposición se halla igualmente en los nautilus, lo que permite suponer que los animales que habitaban en aquella especie de embarcaciones, sumergibles á voluntad, debían tener con estos últimos la mayor analogía.

Los ammonites se hallan casi en todas partes en los terrenos oolíticos y cretáceos; abundan sobre todo en los primeros, desde el lias hasta las capas más superficiales (1). Se conocen unas ochocientas especies, algunas de las cuales son de grandes dimensiones y alcanzan más de un metro de diámetro. En las pequeñas especies no pasa éste de uno ó dos centímetros: en algunas poblaciones del centro de Europa los emplean para el empedrado de sus calles.

Presentamos al lector, como muestra, algunos tipos notables. Entre los ammonites de quilla continua, en los terrenos cretáceos superiores al gault, el *A. Rhotomagensis*, Lk., frecuente en Francia é Inglaterra, y el *A. Gulielmi*, Sw. Entre los que tienen la región sifonal redondeada, el *A. giganteus*, Sow., de los terrenos kimmerídico y portlándico, y el *A. armatus*, Sw., entre el grupo de los capricornios espinosos, correspondiente al lias. El resto son tipos característicos de los terrenos cretáceos.

En cuanto á los nautilus, tanto fósiles como contemporáneos, no deben confundirse con los *argonautas*, de los que existen aun tres especies vecinas sin duda, pero distintas del género nautilo y de los que hablaremos más adelante.

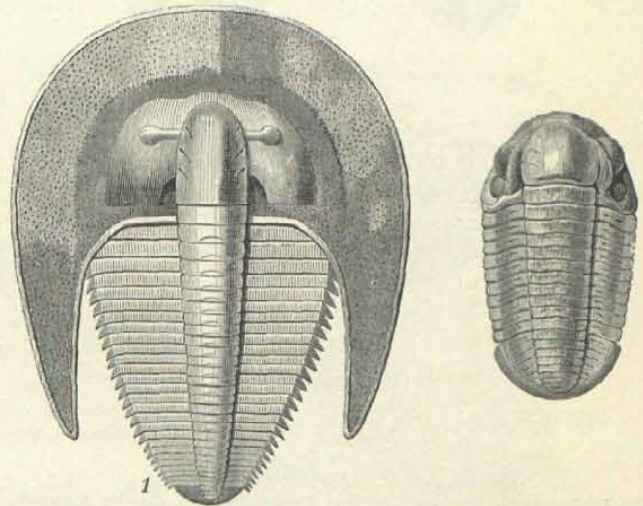
La aparición de los primeros data de las más remotas edades de la fase orgánica; alcanzó máximo desarrollo en la época carbonífera, decreciendo desde entonces paulatinamente hasta la época actual en la que está representado muy pobremente. Las tres especies fósiles que reproducimos son: el *N. giganteus*, Ziet., del lias, que aparece muy extendido, pero poco numeroso; el *N. undulatus*, Sow., de costillas gruesas y espaciadas, propio del terreno áptico, y el *N. regalis*, Sow., de concha lisa, correspondiente á los terrenos terciarios.

En épocas ménos antiguas aparecen sucesivamente muchas otras especies de moluscos testáceos, cuyas conchas se ven en el gran depósito conchífero del período triásico y en las calizas más compactas del período jurásico. Entre ellas merecen mencionarse las grifeas, de las que se conocen treinta especies, en el lias y la creta, en Europa y en la India; las avículas, de las que se registran trescientas especies fósiles en el silúrico inferior, y una ostra enorme, la *lima gigantea*, están asociadas á algunas especies de ammonites diferentes de los de las épocas anteriores.

El más antiguo de los crustáceos es el robusto trilobite, que forma un orden numeroso compuesto de géneros desaparecidos hoy de la superficie del globo y que caracterizan las épocas más remotas. Son notables á la vez por sus formas y por su historia paleontológica. Estos crustáceos se presentan ordinariamente bajo la forma de un escudo oval, compuesto de artículos divididos en tres partes por medio de dos depresiones laterales; el primero de estos artículos, que es el mayor, lleva los ojos. Son numerosísimos en la mayor parte de los terrenos de la época primaria, y fué el sabio naturalista Lhwyd quien, en 1698 (2), les dió á conocer por vez primera; ninguna especie ha sido hallada superior á los terrenos carboníferos. Este hecho, conocido desde mucho

tiempo, ha valido á la época primaria el nombre de *época trilobítica*, y ofrece también uno de los ejemplos más notables de un tipo numeroso creado por un tiempo limitado. Sus restos han sido hallados en comarcas muy distantes unas de otras, tanto en Europa, como en África y en ambas Américas. Se conocen al presente más de doscientas especies. Merced á la articulación de los anillos, los trilobites podían arrollarse sobre sí mismos formando una bola como lo hace la cucaracha ó corredera. Todos vivían en el mar, en las aguas profundas de la proximidad de las costas, y algunas especies que carecían de ojos, en las grandes profundidades. La circunstancia de poseer los primeros un aparato visual muy desarrollado, prueba, como lo hace observar M. E. Margollé, que los mares en el seno de los cuales vivían, habían adquirido bastante limpidez y transparencia para dar paso, hasta una gran profundidad, á los rayos solares.

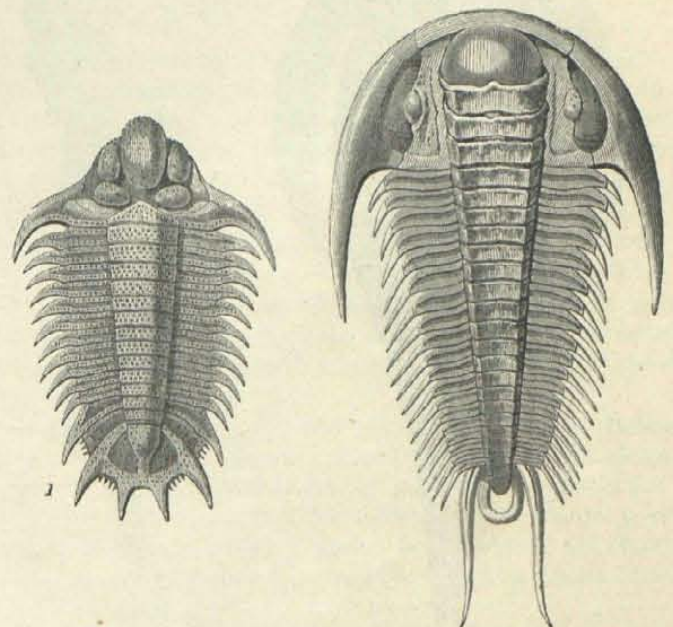
A fin de que el lector pueda formarse una idea perfecta de estos primitivos seres, le damos á continuación una muestra de un individuo de la primera familia (Harpidos). Tiene 25 segmentos en el tórax,



1. Trilobite (Harpidos).

2. Trilobite (Caliménidos).

muy sencillos; cabeza grande, rodeada de un ancho disco perforado; ojos estematos ó lisos sobre la cabeza y sin apéndices en el pigidio. Otro de la tercera familia



1. Trilobite (Licasidos).

2. Trilobite (Paradoxidos).

(1) El capitán Alejandro Gerard ha descubierto en los altos picos del Himalaya, á una altura de 4910 metros sobre el nivel del mar, algunos ammonites parecidos á nuestras especies jurásicas.

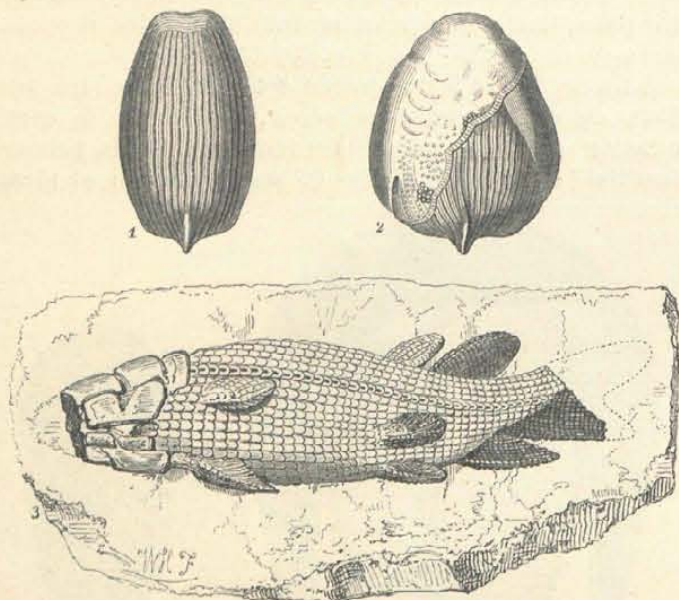
(2) Lhwyd, *Phil. trans.*, 1698, tomo xx, p. 279.

(Caliménidos): segmentos del tórax comunmente en número de 11 á 13, pero variando de 8 á 22 en algunos

tipos excepcionales; cabeza más pequeña que el tórax, de lobulacion normal; pigidio de limbo poco extendido. Otro de la cuarta familia (Licasidos): segmentos del tórax en número de 11; pigidio compuesto de un pequeño número de segmentos, pero ocupando por su limbo una grande extension; cabeza dividida en compartimientos por medio de ranuras; rama facial de la gran sutura, terminando en los bordes anteriores y laterales al nivel del ojo. Otro de la segunda familia (Paradoxidos): de 11 á 20 segmentos en el tórax; cabeza grande, de borde poco desarrollado, y sin disco perforado; pigidio terminado con unos apéndices de forma variable.

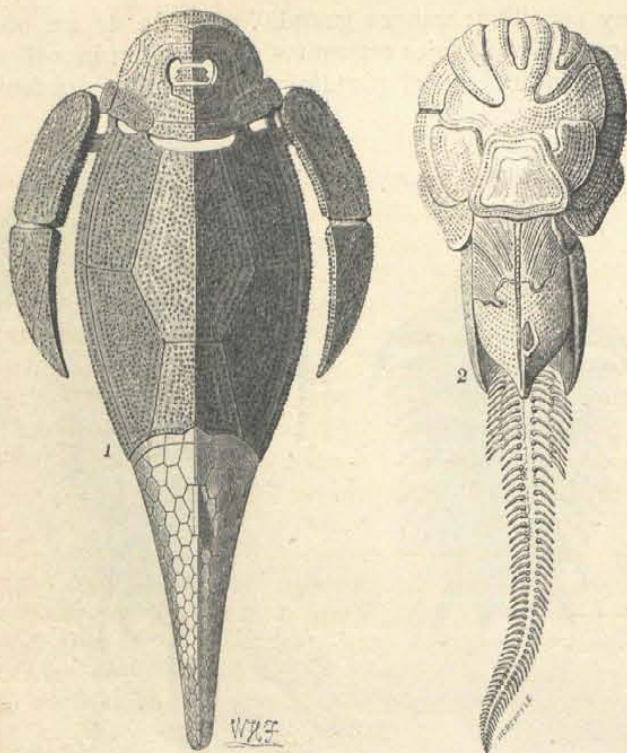
Los peces empezaron á manifestarse á partir de la época silúrica. Los primeros, por orden de fecha, son el *Pteraspis* y el *Pterichthys*, cuyas fuertes aletas natato-

picas y de dientes desiguales. A estos primeros representantes de la clase de los peces, sucedieron una multitud de especies. M. Agassiz cuenta nada ménos



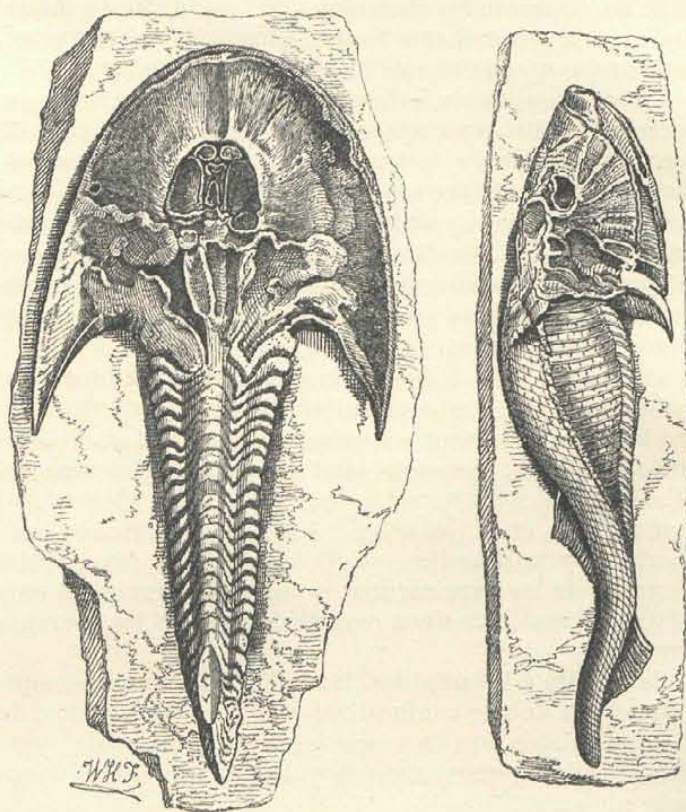
1. *Pteraspis truncatus*. Ag. 2. *Pteraspis Banksii*. Ag.
3. Ganoide pez.

rias parecen á la vez destinadas á la defensa y á la locomocion; el *Cephalaspis* de Lyell, que tiene el escudo de



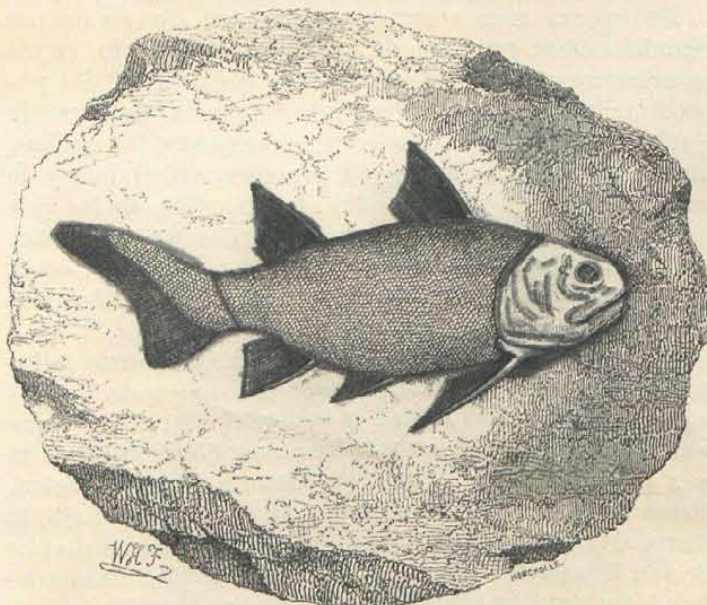
1. *Pterichthys Millerii*. Agass. 2. *Coccosteus decipiens*. Agass.

la cabeza muy ancho y prolongado en dos grandes puntas posteriores; y los *Acantodes* de aletas casi microscó-



Cephalaspis Lyellii. Ag.

que veinte y cinco mil, todas desaparecidas. Estas especies, segun M. Mangin (1), suelen diferir poco en cuanto á los caracteres generales de los peces de hoy dia. No obstante, se cita una, la de los *Ganoïdes*, de la que damos una muestra en el *Coccosteus decipiens* de Agassiz, ganoïde acorazado cefaláspido, de dientes prolongados y agudos, con varias granulaciones esparcidas por las placas del cuerpo, y la facial con uñas



Diplacanthus striatus. Agass.

prolongadas hácia atrás, especie hallada en la greda roja de Inglaterra, y en el *Diplacanthus striatus*, Agass., de escamas lisas, lóbulo superior del caudal muy prolongado y los rayos huesosos estriados longitudinalmente, especie propia de la época representada en la série geológica por el terreno pérmico, la

(1) A. Mangin, *Les mystères de l'Océan*, p. 206.

cual tenía también, como los crustáceos, el cuerpo encerrado en una concha, ó cubierto con una coraza de escamas óseas propias para librar al animal de los choques de los grandes pedruscos ú otros cuerpos duros arrastrados por los movimientos tumultuosos del mar. Pero sabido es que ciertos peces contemporáneos, los tiburones, por ejemplo, están también revestidos de una doble y fuerte coraza, que no teme otras armas que las del hombre. Hasta el presente, pues, no se notan entre los habitantes primitivos del Océano y los que viven en él desde la creación del hombre, sino algunas diferencias secundarias. Hasta la familia de las lijas está representada en el terreno carbonífero por individuos cuyos dientes formidables y poderosa osamenta, recuerdan nuestros mayores reptiles. Sus dientes parecen más propios para triturar conchas ó crustáceos que para cortar una presa carnuda que verosíblemente no existía aun. Otros muchos podríamos citar para probar nuestro aserto, pero consideramos bastan los indicados á nuestro objeto.

SANTIAGO A. SAURA.

(Continuará).

EGIPTO

EN IMÁGEN Y EN PALABRA,

POR

JORGE EBERS.

(CONTINUACION).

Ordenóse la medición del suelo y del terreno, y el arquitecto Dinócrates recibió el encargo de levantar un plano. Dióse á este último la figura de un manto ó abanico, y pusieron mano á la obra para determinar la dirección que habían de seguir las calles y la forma de las plazas en el terreno llano, al paso que se iba esparciendo creta en el suelo. Ésta, empero, se acabó, y se suplió echando mano de los grandes acopios de harina dispuestos para los jornaleros. Aquí cuenta la tradición que apenas se había echado la harina en el suelo, aparecieron al vuelo innumerables bandadas de pájaros para gozar de aquel regalo; y Alejandro saludó la aparición de los huéspedes alados como un feliz agüero del rápido florecimiento y de las futuras riquezas de la ciudad.



Nuevo Faro en Alejandría.

Y en efecto. Así como acudieron los pájaros á la harina, pronto acudieron también á aquel sitio en gran número de toda la Grecia robustos emigrados ganosos de trabajar, mercaderes y prófugos de la Siria y de la Judea y jornaleros del Egipto; y cuando el inteligente Tolomeo, general de Alejandro, hijo de Lago, que recibió por la historia el apodo de *Sóter* (Salvador), como virey al principio, y más adelante como rey, estableció allí su brillante residencia, él y sus sucesores inmediatos dotados de talento, Filadelfo y Evergétes, no sólo dieron mayor impulso al poder exterior de Egipto y á su comercio y riquezas, sino que se afanaron ante todo en convertir á Alejandría en centro de toda la vida espiritual de su tiempo, acudiendo también allí los sabios del Oriente y del Occidente, los cuales impulsaron á porfía el comercio y la ciencia en sus más bellos productos.

De ninguna otra ciudad de la antigüedad poseemos tantas noticias como de Alejandría; y con todo, de ninguna de ellas han quedado tan pocas ruinas.

En vano buscamos una ciudad situada en frente de la isla; y con todo, está todavía en pie el Faro.

Los Tolomeos la habían unido á tierra firme por medio de un dique de piedra sillar. Cuando el monstruoso puente

media ya siete estadios (1), recibió el nombre de *Heptastadion*, el cual encerraba los acueductos que facilitaban el agua á la isla y dividía el puerto en dos cuencas, que aun existen en el día. El oriental, que ya no necesitaba un «puerto nuevo», se llamó en la antigüedad el grande, y el occidental, á donde aporta el viajero procedente de Europa, y que el actual virey de Egipto está mejorando, esto es, el «puerto viejo» de hoy día, llevaba en los tiempos griegos el nombre de *Eunosto*, probablemente del marido de la hija de Tolomeo Sóter y de Tais. Durante mucho tiempo se conservó este nombre, el cual significa: «Entra.»

Estaban los dos unidos por pasajes de puentes. Estos últimos están cerrados hace mucho tiempo por el cieno y los escombros; y del dique de puentes levantado por el hombre, con sus derrumbamientos, el oleaje y el choque de los guijarros y de los fragmentos, así como por medios artificiales, ha venido á salir una ancha lengua de tierra.

Muchas casas de la moderna Alejandría se levantan sobre el antiguo Heptastadion, siendo su suelo el primero que pisa el extranjero que aquí desembarca, ya que

(1) El estadio griego vale 125 pasos.—(Nota del Traductor).

junto á su playa fondean los grandes vapores occidentales.

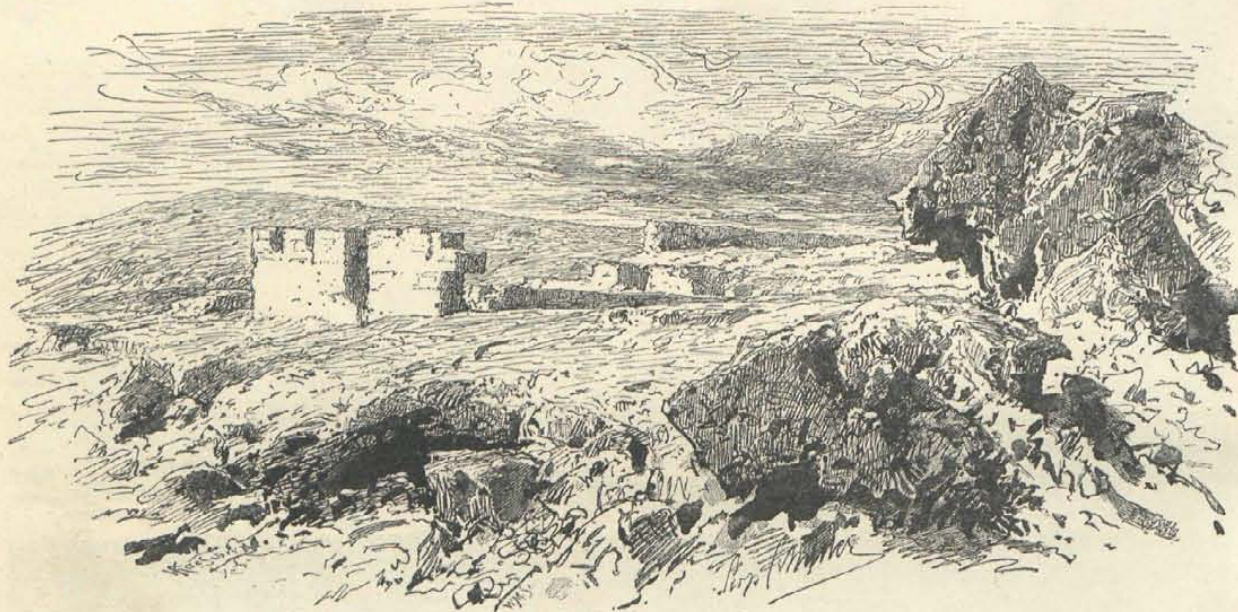
La isla de Faro es la punta de tierra en su extremo septentrional. Hoy día tiene aun un faro, el cual está en la punta occidental de la isla, al paso que la obra de Sostrato, tan célebre en la antigüedad, que tomó el nombre del sitio donde se erigió, nombre que seguimos dando á nuestras torres marítimas, se levantaba en la parte opuesta de la isla. Tenia este monumento por objeto mostrar á los navegantes el camino en medio de las rocas que dificultaban la entrada del gran puerto, y era una de las mayores maravillas de Alejandría y del mundo antiguo. Pujaba en altura á la pirámide de Cheops; y con todo, gracias á los recursos que nos da la física en nuestro tiempo, extiéndose la luz de la torre actual, mucho más baja, á mayor distancia que lo hacía ántes el fuego que se encendía en su cima.

Tolomeo Filadelfo lo mandó edificar de mármol blanco por el knidio Sostrato, y lo consagró á sus padres, endiosados, segun la ridícula costumbre gentílica, despues de su muerte. El célebre arquitecto grabó en una inscripción su nombre en la piedra. Con esta mira probablemente le echó mortero, y encima del mismo puso el

nombre del real arquitecto, para que cuando cayese el revoco perecedero, se presentase la inscripción á los ojos de las generaciones venideras.

Volvamos ahora á tierra firme, y busquemos los vestigios de los principales barrios, calles y edificios de la ciudad.

El cuartel más espléndido era el Bruchium, lavado por las olas del gran puerto, que se unia á la parte más antigua de la ciudad llamada Rhakotis, que allá en su tiempo fué el lugar donde se abrigan las embarcaciones. Este cuartel estuvo siempre habitado casi exclusivamente por egipcios, y como lugar egipcio, poseia tambien su ciudad de muertos en su límite occidental. Bien así como el sol, despues de su carrera diurna, se ponía en el ocaso, tambien se hundian las almas en el ocaso tras su carrera terrenal, en el ocaso, donde el desierto, enemigo de toda vida, se dilatava sin término, y donde colocaban el imperio de la muerte. A imitacion de los egipcios, colocaron tambien aquí los colonistas sus muertos hasta la época cristiana, y el que actualmente visita los contornos de la columna de Pompeyo y vaga á lo largo de la ribera hácia el occidente, encontrará criptas en los peñascos de la costa, y tierra adentro cata-



Ruinas de las murallas de Alejandría.

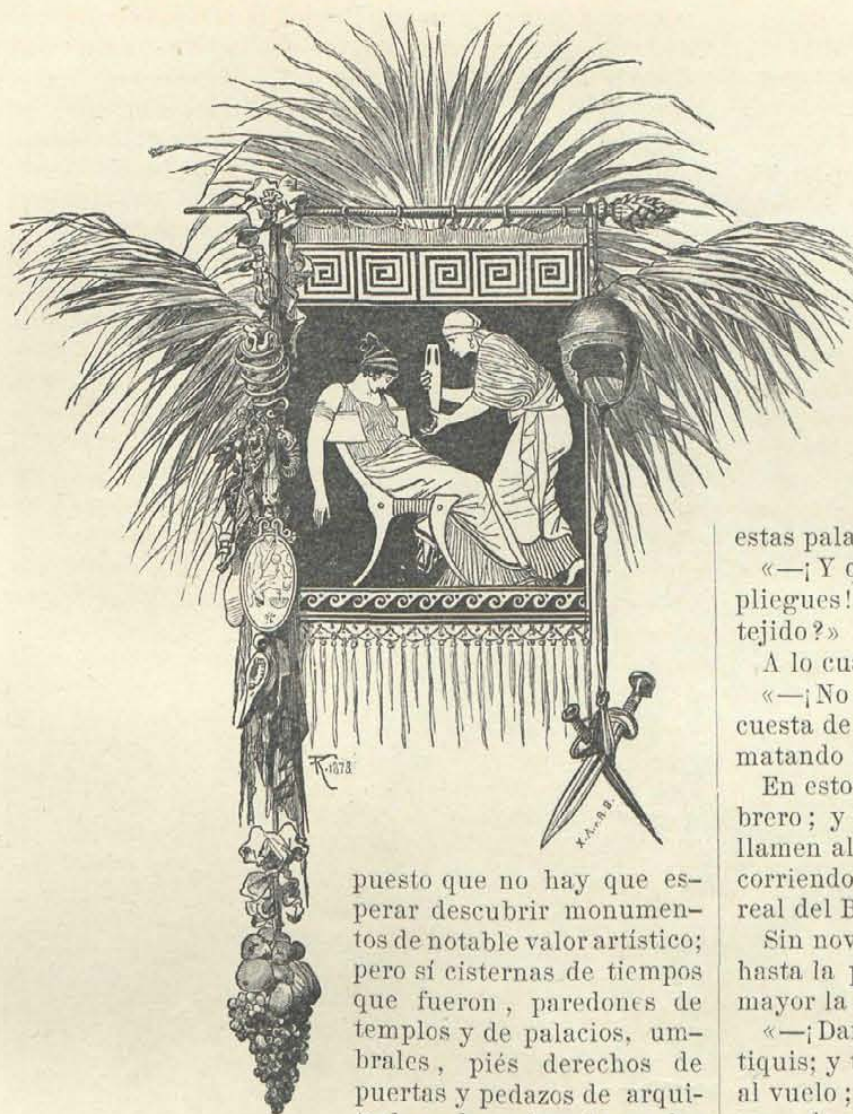
cumbas de mayor extension. Tambien en Alejandría los habitantes de origen egipcio embalsamaban sus muertos, al paso que los griegos observaban la costumbre de su país, esto es, la cremacion de sus cadáveres.

Á levante del Bruchium vivian los judíos, los cuales poseian aquí su cuartel propio, teniendo escasas relaciones con sus hermanos de Palestina, y se distinguian á temporadas por sus riquezas y por su influjo de todas las otras clases de la poblacion, bien que de cuando en cuando, no sin alguna culpa suya, tuvieron que sufrir crueles persecuciones.

Estos cuarteles estaban unidos entre sí por una red de calles por donde podian pasar carros y jinetes con toda comodidad. Enlazábanse con otras dos calles principales que se cruzaban una á otra. La más larga se dirigia del sudoeste al nordeste, iba desde la ciudad de los muertos hasta el cuartel de los judíos, y terminaba á levante cerca de la puerta kanópica, que en el día se llama puerta de Roseta; la otra, que las cortaba en ángulo recto, estaba situada entre dos puertas, la del Sol y la de la Luna, y cierta raya de humus ó tierra vegetal que se ha encontrado recientemente en medio de su empedrado, parece indicar que estas dos puertas estaban adornadas de vegetales. Una y otra eran de una anchura insólita y

de rara hermosura. Sobre un empedrado de granito liso de catorce metros de ancho podian hacerse mutuamente á un lado los trenes de los ricos, los carromatos y los escuadrones de caballería que regresaban del hipódromo por la puerta kanópica. Y asimismo, cuando el sol molestaba con su ardor ó caian fuertes chubascos, encontraban abrigo los que iban á pie, ya que las anchas escaleras de los vecinos estaban abovedadas con grandes arcadas de estatuas.

En el día hace ya muchísimo tiempo que desaparecieron así la puerta del Sol como la de la Luna. Las columnatas están por el suelo, nuevas capas de tierra cubren el antiguo empedrado; pero á los acueductos que corren por debajo de él pudieron, hace pocos años, devolvérseles su antiguo destino. De las casas de los moradores poquísimos es lo que se ha conservado; y con todo, el que se da el trabajo de buscar, cuando se aleja de los cuarteles de los europeos acomodados, y el que se dirige á los modestos cuarteles habitados por egipcios al occidente de la ciudad, siguiendo la ribera del mar, ó saliendo al raso por la puerta kanópica, hoy día puerta de Roseta, ve pagada su diligencia tropezando con ciertos vestigios de una casa antigua ó de un monumento no ménos antiguo. Para conseguirlo basta tener los ojos abiertos. Por su-



puesto que no hay que esperar descubrir monumentos de notable valor artístico; pero sí cisternas de tiempos que fueron, paredones de templos y de palacios, umbrales, piés derechos de puertas y pedazos de arquitec-
trabes de mármol; en las

mezquitas, columnas bellamente labradas de templos griegos, como pilas, en las que apaga á veces un asno la sed en un sarcófago, y trozos de columnas que sirven de asiento á las pobres madres árabes que allí descansan para amamantar á su hijo en medio de las yerbas del desierto.

Agitábase la vida cotidiana de los alejandrinos entre el puerto del lago Mareótico y el mar, yendo y viniendo en confuso tropel. En los días festivos, dirigíanse por las calles principales al Bruchium, donde estaban los palacios de los reyes con el Museo y su biblioteca, los más bellos templos de los dioses griegos, el Mausoleo, llamado *Soma*, que encerraba el cadáver de Alejandro el Grande, el circo y el teatro, la escuela de los atletas, el hipódromo de forma meándrica, y otros muchos edificios nacionales á donde acudían los funcionarios públicos, los doctos y artistas, la juventud libre y la multitud ganosa de pasar el rato.

Teócrito nos da testimonio del gentío que allí se agolpaba en la fiesta de Adónis vista por dos mujeres de Siracusa, residentes en Alejandría. Gorgo y Praxínoa se presentan de modo que uno diría que nacieron, no en el siglo tercero ántes de Jesucristo, sino en el décimonono, esto es, en el actual.

Llega Gorgo, y Praxínoa dice á la criada:

«—Trae una silla, Eunoa: ¡vivo! échale una almohada.»

Gorgo se sienta, y recobrando el aliento, porque venía cansada, dice suspirando:

«—¡Ay! ¡cómo me late el corazón! ¡cuánta fatiga para llegar hasta aquí huyendo, amiga mía, del gentío y de los coches! Sólo he visto hombres que calzan botas y visten uniformes militares. ¡Ay! ¡cuánto he tenido que

andar! ¿Pero por qué vivimos tan lejos una de otra?»

Quéjase Praxínoa del zopenco de su marido que ha alquilado la miserable habitación al extremo del mundo (quizás en la vecindad de la puerta del Sol). Gorgo la aconseja que no hable de este modo del padre en presencia del niño, y Praxínoa dice en alta voz á éste:

«—Oye, Zopirion, querido hijo, no hablo de tu padre.»

Pero el muchacho es bastante prudente, y la tía Gorgo añade:

«—Bien sabido lo tienes sin duda; bueno, muy bueno es el papá.»

Por fin, Praxínoa acaba de vestirse con ayuda de su doncella, la que no por esto se libra de sus regaños, y prurumpe Gorgo en

estas palabras:

«—¡Y qué bien te está el vestido con el broche y los pliegues! ¿A cuánto te sale, Praxínoa, sin contar el tejido?»

A lo cual contesta su amiga:

«—¡No me lo traigas á la memoria! Dos minas (1) me cuesta de blanca plata, y más todavía, pues me he estado matando con tanto trabajo.»

En esto se deja poner la manteleta y el precioso sombrero; y luego, encarga el niño al aya, manda que llamen al perro á casa, que cierren bien la puerta, y sale corriendo con su amiga á la calle, camino del palacio real del Bruchium.

Sin novedad llegaron entrambas, á pesar del gentío, hasta la puerta del palacio real; pero era allí mucho mayor la confusion y la apretura, y Praxínoa grita:

«—¡Dame la mano, Gorgo, y no pares hasta el Eutiquis; y tú, Eunoa, no te apartes! Entremos todas juntas al vuelo; cierra, Eunoa, en el acto. ¡Ay de mí, me han rasgado el velo, Gorgo! Por Jove: así seas tú feliz: guárdame la manteleta.»

El hombre invocado le guarda la manteleta, y al llegar al término, Eunoa se echa á reir y dice:

«—Bien, ya estamos dentro.»

Sigamos á las siracusanas al Bruchium, en el palacio real, á levante del puerto y del sitio donde ahora se levanta la aguja de Cleopatra, al Sur de la península Lochias, que hoy apenas se distingue. Preciosos jardines rodeaban las habitaciones de los Tolomeos, las cuales contenían la fundación más célebre de la dinastía de los Lagos, esto es, el Museo con su biblioteca.

Si nuestras siracusanas habían partido de la vecindad de la puerta del Sol, tenían que atravesar el mercado, y desde él habían de dirigirse un rato á levante por la puerta de Kanopa. Entónces se inclinaban á la izquierda en una calle, llegaban á las inmediaciones del magnífico Circo del anfiteatro, donde se les ofrecerían tarjetas con el programa de las piezas que se habían de representar, y billetes escritos sobre cuerno ó marfil para la función. Empero Gorgo resiste á tal tentación, y descansan en los jardines situados en la montaña artificial de Soma, mausoleo de Alejandro.

El cadáver del gran fundador de la ciudad había sido allí llevado de Babilonia por el primer Tolomeo, y estuvo en su sarcófago de oro hasta que un soberano degenerado de la dinastía Lagídea mandó fundir el noble metal poniendo en su lugar un ataúd de vidrio.

Las siracusanas se detendrían probablemente en la subida del palacio, por cuanto el camino que del palacio conducía por el Bruchium á la gran vía, sólo daba paso

(1) Moneda de oro griega que valía muy cerca de 18 pesos fuertes.—
(Nota del Traductor).



JÓVEN EGIPCIA.

á los cortesanos. Llamábase «via real», y á ella se refiere la aguda respuesta de Euclides al ruego de Tolomeo Sóter que le pedía un medio de comprender más fácilmente sus teoremas: «En matemáticas no hay via real.»

La escuela de los atletas, á la derecha de la via, estaba entonces vacía, porque los jóvenes de Alejandría estaban muy embargados por la fiesta.

Reinaba también el silencio en los patios y salones del Museo, por cuanto el rey había convidado á su mesa á sus habitantes más distinguidos.

A nuestras siracusanas se les daría entrada en el pórtico del palacio, donde, rodeado de preciosos jardines, descansaba la estatua de Adónis sobre un lecho de plata, y se veía la graciosa Vénus en un lecho no menos grandioso.

Allí pudieron oír el himno festivo de la noble cantora que había cantado ya como maestra el año anterior; pero hubieron de retirarse temprano á casa, porque el marido de Gorgo está todavía «en ayunas,» y sin desayuno, está Diocleidas «hecho una furia.»

Así como la fiesta de Adónis atraía á las mujeres al Bruchium, atraía también la gran fiesta de los alejandrinos llamada las Dionisias (fiestas de Baco), á todos los hombres á las cercanías del palacio real, donde con mayor placer, con muchísima más suntuosidad, pero con ménos sentido estético que en Atenas, se celebraba aquí la fiesta de Baco. Los Tolomeos ostentaban en ella sus riquezas, y todos los que se dejaban llevar del placer de la vida y de la sensualidad podían entregarse sin freno, en aquellas fiestas, á los actos más tumultuosos é insensatos. La sobriedad se consideraba allí como un crimen, y el Bruchium

T. I.—7.



Egipcia que saca agua del pozo.

venia á ser la escena de una monstruosa disolución.

(Continuará).

Traducido del alemán por
ANTONIO BERGNES DE LAS CASAS.

¡MADRE MIA!

NOVELA ORIGINAL

DE

ANTONIO DE PÁDUA.

(CONTINUACION).

CAPÍTULO II.

Salvar un peligro y arrojarse en otro.

Trascurren dos horas, y Martin permanece todavía como exánime tendido sobre la línea férrea.

La luz del nuevo día vá venciendo las sombras de la noche.

Óyense los silbidos que anuncian la salida del primer tren de Sarriá á Barcelona. Martin se estremece, vuelve en sí, mira en torno suyo, ve el peligro á que se halla expuesto, y no puede moverse. Siente el cuerpo magullado, y sus miembros se han entumecido con el relente de la noche.

Vuelve á oírse el silbar de la locomotora; ya se percibe el ruido de su marcha como el trotar de un mónstruo espantable; las expansiones del vapor semejan los resoplidos de una fiera... ya se ven brillar sus ojos de fuego en medio de la oscuridad, y mira Martin como avanza la negra masa por la vía... ¡Y se siente como clavado en la tierra... y un fuerte nudo oprime el corazón y la garganta!...

¡Espantosa lucha del espíritu con la materia inerte! ¡Momento horrible!

La voluntad hace un esfuerzo supremo.

Agítanse brusca y violentamente los miembros, y el joven logra, por fin, arrastrarse fuera de las paralelas.

El tren pasa.

Martin vuelve á quedar por algunos instantes inmóvil.

Está azorado ante la imagen del peligro que acaba de salvar.

Ha amanecido.

Por el paseo de Gracia y caminos inmediatos bajan á la ciudad con hortalizas, frutas y flores, las payesas de las casas de campo y jardines vecinos.

Martin no podia permanecer más tiempo en aquel sitio.

Volvió el rostro á la casa de Lorenza, arrojó una mirada que brilló viva como una centella, y se encaminó hácia la ciudad.

Su paso irregular y tardo revelaba la dificultad de sus movimientos: sentíase quebrantado, y en las contracciones del semblante se pintaban los esfuerzos de la voluntad por dominar el dolor y obligar á los miembros resentidos.

El color amarillo del rostro, los apretados labios y el brillo duro de las pupilas acusaban la suma de coraje que llevaba concentrado en el alma.

En esta disposicion llegó á su casa.

Entró quedo guardando las precauciones con que habia salido, y se acostó.

A pesar de la cautela, algun ruido llegó esta vez hasta doña Mercedes, que era siempre en la casa la primera en levantarse.

Se puso apresuradamente una bata y salió de su cuarto, dirigiéndose al de Martin. Llamóle á media voz; el joven no respondió: acercóse la madre á la alcoba, le vió *tranquilamente dormido*, y abandonó el gabinete continuando su inspeccion al resto de la casa.

—Sería aprension mia, se dijo á sí misma despues de haber interrogado á los criados; sin embargo, hubiera jurado que alguien andaba por ahí.

Martin solia levantarse á las ocho de la mañana. Cursaba el penúltimo año de jurisprudencia, y tenia la primera clase á las nueve.

Su madre, siempre solícita, le llamaba apenas daba la hora, cuando conocia que la pereza se hacia superior á la diligencia del mozo; y así lo hizo esa mañana doña Mercedes al oír las ocho sin que Martin se moviera en su cuarto.

—¿Sabes la hora que es, hijo mio? dijo despues de llamarle y entreabriendo un postigo del balcon.

—No iré hoy á clase, respondió Martin en tono doliente que alarmó á su madre.

—¿Y eso? ¿estás malo? ¿qué tienes? ¿qué te duele?

Y los ojos de doña Mercedes se fijaron ansiosos en el rostro del joven mientras ponía una mano en su frente.

—¡Si tienes calentura! ¿Cómo no llamaste? ¡Jesús!

—Me vá usted á asustar, cuando yo siento que no tengo nada.

Estas frases pararon á doña Mercedes, que cambió de pronto de tono diciendo:

—Ni yo quiero suponer que sea cosa grave... bien se ve que no lo es... el semblante es bueno...

Y miraba, en tanto, el rostro de Martin desenchajado, el blanco de los ojos pintado de ramos de sangre, efecto sin duda de la ebullicion en que mantenian la del cerebro la memoria del reciente lance y el deseo vivo de la venganza.

—No obstante, añadió la madre, voy á mandar por el médico.

—Que avisen á mi amigo Víctor Salazar.

—No ha concluido aun la carrera...

—La acaba este año; y si él ve que necesita de auxilio, hartó lo dirá.

No estaba doña Mercedes para perder tiempo discutiendo.

Salió de la habitacion, dejó caer dos lágrimas que pugnaban por brotar de los ojos en presencia de su hijo, y envió á llamar con urgencia al estudiante de medicina, uno de los mejores amigos de Martin.

No habian transcurrido quince minutos cuando se presentó Salazar.

Era éste un joven de veinte y dos años con el juicio de un hombre serio á los cuarenta. Habia cursado con suma brillantez, ganando siempre el premio de cada curso, seis años de medicina, y sus condiscipulos tenían á un tiempo para con él la consideracion que da el talento aprovechado y el aprecio que merece un carácter suave y bondadoso aunque rígido hasta el extremo en cuestiones que pudieran rozarse con el deber y el propio decoro.

Los amigos más desatentados le oían con cierto respeto, y pedían su consejo, aunque luego no lo siguieran, lo cual no impedía que volvieran á encontrar una y otra vez al consejero, cuya benevolencia no tenia límite para con sus compañeros.

Con un defecto no podia transigir Salazar, la vanidad; y una circunstancia le retraía del trato de alguno: la fortuna. Él era pobre, y su dignidad rayaba en este punto en orgullo casi excesivo.

Salazar tenia, por último, una regular figura; su fisonomía la expresion de las inteligencias privilegiadas, y sus modales eran los de un hombre bien educado.

Martin le tendió la mano desde el lecho y se la apretó dos veces significativamente.

Salazar le respondió con una discreta mirada de inteligencia.

Examinó luego al enfermo y dijo:

—Eso es sencillamente un pasmo, que se quitará pronto. Doña Mercedes respiró.

Prescribió el estudiante un sencillo remedio casero, que la madre fué á preparar en seguida como si la faltara el tiempo, y al quedar solos los dos jóvenes, preguntó Salazar:

—Lo que tienes principalmente es eso que he dicho: ahora, explícate: ¿qué diablos te ha ocurrido?

Martin refirió brevemente el suceso, y concluyó:

—Y siento quebrantado todo el cuerpo, que la cabeza me abrasa y como si me ardiera el pecho.

—El coraje... observó Salazar.

—Sí, porque lo tengo como nunca.

—Pues es necesario que procures calmarte y dormir.

—No podré.

—Ya haremos que puedas, y mañana ó pasado estás ya bien.

—¿Crees? preguntó Martin con afán.

—Sí, hombre.

—Entonces cuento contigo para otra cosa.

—Sabes que puedes disponer de mi amistad.

—Verás á Roger.

—Roger... repitió Salazar haciendo un gesto de disgusto: le veré si tanto interesa; pero no ignoras que yo me alejo de él en vez de buscarle.

—Pues eres injusto: Roger es un buen chico.

—No digo que sea malo, pero tiene demasiado dinero para ser amigo nuestro.

—Entonces, Narciso Villafranca...

—¡Vaya otro! Es el tipo exacto, fátuo y ridículo, de la fábula.

—Pues asóciate con quien tú quieras, dejo á tu elección el compañero; y mientras yo me levanto de la cama, id á ver en mi nombre á ese señor; que designe otras dos personas, y entendeos.

—Observo ahora que la fiebre te se ha subido á la cabeza, profirió Salazar con una calma que chocaba con el vivo acento de su amigo.

Éste clavó una mirada intensa en el rostro del estudiante que la resistió impasible sin hacer un gesto.

—¿Crees que no debo matar á ese hombre?

—Deja ese cuidado á Lorenza.

—No nos entendemos, profirió secamente Martin.

—Pues conviene que nos entendamos; y para ello, lo primero que se requiere es que escuches mis prescripciones y quieras guardarlas: por el momento procura tranquilizar tu espíritu, permanecer sosegado conservando el sudor y haciendo por traer el sueño, mientras vas tomando lo que ha ido á preparar tu buena madre, que estaba la pobre, cuando llegué, sin color en los labios.

—Tienes razón, respondió Martin, mudando la palabra sin mudar de propósito: lo que importa es que yo me reponga y me levante pronto. Procuraré hacer lo que ordenas y te ruego que hagas tú por abreviar cuanto esté en tu mano.

Doña Mercedes entraba con el remedio prescrito por Salazar. Éste acabó de tranquilizarla y se despidió para volver á la noche.

ANTONIO DE PÁDUA.

(Continuará).

AVENTURAS DE UN GRILLO,

POR

EL DR. ERNESTO CANDÉZE.

(CONTINUACION).

CAPÍTULO II.

Primeras aventuras y sus consecuencias.

Iba á terminar el mes de julio cuando me lancé al terreno de las aventuras. Aquel día el calor había sido insoportable, y lejos de refrescar la atmósfera al caer de la tarde, manteníase, si cabe, más sofocante. Indicios de próxima borrasca eran los relámpagos y el lejano retumbo del trueno que á cada momento deslumbraban

mis ojos y excitaban las fibras todas de mi sér. Engolféme en una senda que iba serpenteando por la tupida pradera, senda que comenzaba á poblarse de rondadores nocturnos, los cuales marchaban solitarios ó en número de dos ó tres: esos rondadores eran amaras, harpalos, estafilinos, en pos de una presa. Ningun temor me causaban tales individuos, pues conservaba bastante robustez en las mandíbulas para hacerme respetar de ellos. No tenía miedo, no; sin embargo, todo mi sistema nervioso se hallaba excitado. ¿Producía en mí semejante estado la electricidad que saturaba la atmósfera? ¿Era debido á la poca costumbre que tenía de recorrer de noche los caminos? No sabré decirlo, pero lo cierto y positivo es, que el más leve ruido me hacia temblar como un azogado. Un coleóptero pentámero que ruidosamente volaba sobre mi cabeza, me crispaba los nervios.

Rápidamente y sin objeto determinado adelantaba en mi marcha, dejando al acaso el cuidado de procurarme un albergue donde pasar la noche: de repente, hundiéndose una de mis patas traseras al apoyarla en el suelo, y sentí que quedaba aprisionada entre las pinzas de un animal subterráneo que no me era dado ver.

Estremeciéndose todo mi cuerpo, al par que se alargaron mis miembros; y, dando un gran salto, caí en un sendero que se cruzaba con el que yo seguía.

La maldita casualidad quiso que me recibiera en su lomo un precioso cárao dorado, altivo y brillante coleóptero, que sin duda acudía presuroso á alguna cita.

El choque derribó al cárao y le hizo dar dos ó tres vueltas sobre sí mismo.

—¡Estúpido animal! exclamó incorporándose. ¡Menos distracción y cuidado de lo que haceis!

Aunque no pecaba, que digamos, de cortés el apóstrofe, me disponía á excusarme con él, pues despues de todo el culpable era yo; pero ladeándose un tanto el indigno, inundóme con cierto líquido cáustico y sumamente infecto, del que recibí algunas gotas en los ojos, que me hicieron ver las estrellas.

—¡Bandido! ¡canalla! proferí despechado. ¿Así es como deben portarse los cáraos bien nacidos? ¡Aguarda un poco y haré que te arrepientas de tu insolencia, vil insecto!

Mas riéndose el cárao de mi irritación y balbuceando algunas palabras cuyo sentido no comprendí bien, prosiguió su rápida carrera, dejándome mortificado, cor-



rrido y semi-asfxiado por los efluvios del pestilente líquido que despidió. Como había quedado hecho una



LUZ.

CUADRO DE GABRIEL MAX.

(Véase la página 59).

lástima, mi primer cuidado fué revolcarme en el polvo del camino y en las matas que le bordeaban: de esta suerte, aunque no pude dejar del todo limpias mis articulaciones, conseguí oler ménos mal.

No me quedaba otro recurso que lavarme de piés á cabeza; pero ¿y el elemento indispensable — el agua — dónde estaba? Posible era que no tardase en desencadenarse la borrasca. Habiendo columbrado una chozuela asaz elevada y no muy distante, traté de llegar allí, lo que conseguí no sin trabajo: desde aquel sitio escudriñé los alrededores en busca de un aguazal donde poder bañarme; y, á Dios gracias, á pocos pasos encontré lo que me hacía falta: el resplandor de los relámpagos indicóme en el mismo camino que seguía y en el fondo de un pantano, un charco de agua, producto de las recientes lluvias. Abandonando, pues, sin rodeos, mi nuevo observatorio, y siguiendo la senda ya indicada, precipitadamente me encaminé hácia aquella bañera natural. Poco me faltaba para llegar á ella cuando divisé una pandilla de langostas, al parecer muy contentas. Al verme, retozando y dando brinco se me acercaron, sin duda que con el objeto de emprender mi conquista. Mi primer impulso fué huir á todo escape, pero me faltó tiempo para hacerlo. Un tanto perplejo, no tardé en verme rodeado por aquellas graciosas criaturas.

En el acto formaron corro y empezaron á bailar; mas ¡ah! ¡cuán pronto se realizaron mis presentimientos! De improviso detiéndose todas, y lanzando una mirada de asombro sobre mí, una de ellas exclama:

— ¡Qué asco! ¡qué asco!

Les faltaron piernas para correr, no sin antes reírse á carcajada suelta y apostrofarme despiadadamente. Confuso hasta un punto que no me es dado expresar, me apresuré á llegar al charco, y zambulléndome en él sin más preámbulos, quedé lavado en un santiamén.

Sobre mi cabeza pasaba en aquel momento, siguiendo el sendero, un magnífico cábaro violado: éste no notó mi presencia, y yo tuve buen cuidado de que no me viera. Con todo, fuerza me fué admirar su esbeltez y su gracia en el andar. ¡Maldito seas tú y tu familia! murmuré para mí sayo. ¿Quién diría, al verte tan lechu-

gino, que llevas repletos los bolsillos de aquellos abominables perfumes que me han dejado como yo me sé? ¡Fíad en las apariencias!

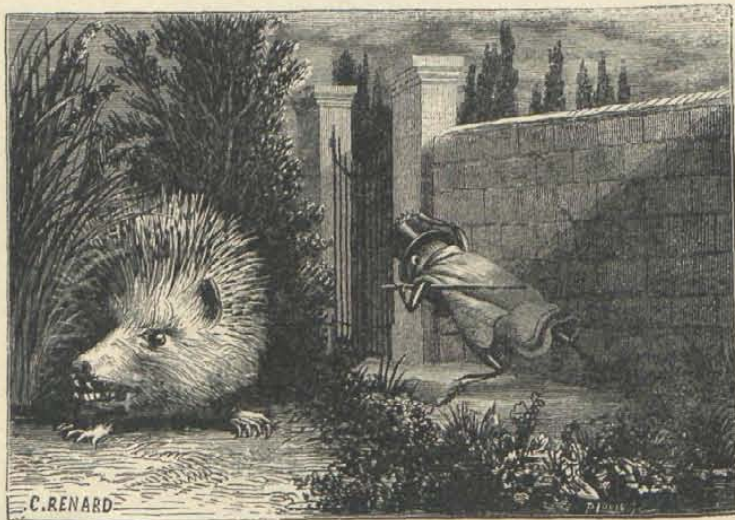
Una vez terminada mi interrumpida faena y riéndome de mi arranque, oí nuevamente, á cierta distancia, la algazara de las langostas, algazara que no tardó en convertirse en clamoreo y en aullidos de cólera. — ¡Bravo! me dije, mis chachareras acaban de aprender á su costa lo que cuesta burlarse de un mal criado de esa especie: el cábaro ha hecho de las suyas. Interiormente me satisfacía verme tan pronto vengado de los insultos que me habían prodigado las alegres langostas. Así pues, apresuréme á dejar la bañera y á tomar las de Villadiego, pues supuse que la caterva no tardaría en presentarse á aquel sitio para zambullirse en el charco, por idéntico motivo que yo acababa de hacerlo.

Aquí la senda desembocaba en un ancho camino que formaba declive á ambos lados y terminaba en un cercado. A la izquierda del camino divisábase un pinar; á la derecha una verja que daba paso á un jardín que á mí me pareció muy grande; en el fondo del cuadro, á bastante distancia y por encima de toda suerte de arbustos, columbrábanse las azoteas coronadas de veletas de una vivienda señorial. Cuanto acabo de describir veíalo á luz de los relámpagos que se sucedían sin interrupción, prestando brillante y fantástica claridad á todos los objetos.

¿Seguiría rumbo á la derecha ó á la izquierda? ¿Escalaría el declive que tenía ante mí? Si he de ser franco diré que cualquiera dirección me era igual, puesto que no me encaminaba á punto determinado. Lo que más me ocupaba era hallar un albergue para pasar la noche y guarecerme de la lluvia, que parecía inminente. Un mochuero que ví revoloteando

en el pinar, me infundió alguna sospecha, decidiéndome por lo tanto á encaminar mis pasos en dirección contraria, pues de ningún modo quería servir de cena al ave rapaz.

Poco tardé en llegar al pié de la verja que daba paso al jardín ántes citado, é iba á colarme en él como Pedro por su casa, cuando se me atravesó un erizo que venía en dirección contraria. Fortuna mía fué que distrajeran



al tal erizo los ladridos de un perro que á corta distancia se hallaba; así es que pude pasar inadvertido. Véase, pues, como á semejantes horas los caminos no ofrecen completa seguridad al viandante, y como era urgentísimo que me pusiera á cubierto si no quería ser pasto de algun rondador hambriento. Hasta aquel momento habian tenido el carácter de desagradables mis encuentros, pero es indudable que si me descuidaba, degenerarian en tragedia.

Engolfado en tales reflexiones, adelanté un tanto por la alameda del jardin: á la izquierda brillaban las aguas de un estanque; á la derecha, sobre suaves declives, veíanse extensos fresales. Desviéme del centro del paseo, pues queria librarme de indiscretas miradas, y seguí el linde á fin de poder ocultarme con presteza bajo alguna planta si llegaba á amenazarme nuevo peligro. No pudo ser más oportuno mi acuerdo, porque apenas habia dado algunos pasos, cuando me pareció que se estremecía el suelo, y al propio tiempo percibí un ruido estrepitoso que iba acercándose. El estremecimiento y el estrépito producidos un coche tirado por dos briosos caballos.

De un salto me puse sobre un frenal, felicitándome no poco de que por precaucion hubiese abandonado el centro de la alameda; mas estaba decretado que no podia tener momento de reposo. Un nuevo incidente me llenó de terror.

..

Apelotábame bajo ancha hoja, bien decidido á aguardar en semejante postura la nueva aurora, cuando sentí que sobre mi lomo se apoyaba una pesada pata: me estremecí á su contacto, y creyendo llegada mi última hora, volví á indagar quién era mi nuevo enemigo: al ver mi movimiento, el autor de la chanza rióse á más no poder.

—¡Ola, primito! Apostaria que te has asustado de veras; pero, permíteme dirigirte una pregunta: ¿Es decente que un honrado grillo ronde los caminos á tales horas? ¿De dónde diablitos sales?

Al oír estas palabras recobré la perdida tranquilidad. El ó más bien la que me las dirigia era una cigarra, á cuya habitacion se penetraba precisamente por debajo de la hoja que me acababa de servir de refugio. Manteníase aquella al umbral de la puerta; y si antes no la ví, era debido á la oscuridad que reinaba y á la emocion que me causó el vehículo en su veloz carrera. Sabido es que las cigarras tienen cercano parentesco con nosotros, y que se nos parecen en extremo; únicamente, ellas llevan siempre traje pardo, y su costumbre de excavar sin descanso la tierra da desmesurada latitud á sus patas delanteras. Lo que tal espanto habia infundido en mí era una de esas enormes patas.

—Confieso que he sentido cierto malestar, la dije riendo; ya convendreis que á estar vos en mi puesto... Creíme solo; además de que soy nervioso é impresionable.

—Se conoce, lindo primo, se conoce. Pero los que sufren mal de nervios no han de aventurarse de noche por esos campos; al contrario, deben estarse quietecitos en casa. ¡Vaya, vaya! No te creía tan troner.

—Me juzgais mal, prima mía, objeté un tanto ruborizado. Si conociérais mis cuitas, en vez de burlaros de mí me compadeceríais.

—¡Historia tenemos! Vas á contármela; pero creo prudente que antes te cobijes bajo mi techo, donde estarás mejor que aquí. Además, empieza á llover y no conviene mojarse.

—Prima... No me atrevo... Nunca faltan malas lenguas, y temo...

—¡Ah, ah! ¡pobre muchacho! desecha tus escrúpulos. ¿No ves que podria ser tu abuela? Los viejos vivimos con más libertad. Y despues de todo, ¿qué caso hago yo de los chismes de vecindad? Adelante.

Dicho esto, mi prima comenzó á andar, siguiéndola yo, no sin reflexionar sobre tan singular encuentro. Hirióme un tanto la excesiva familiaridad de la cigarra, pues era la primera vez que nos veíamos; así como tambien me sentí ofendido por algunas expresiones que indicaban en ella falta de educacion. Sin embargo, la excusé en consideracion á sus canas y al modo cordial con que me recibió. Indudablemente mi prima era buena y franca, llevando el corazon en la mano, como suele decirse; y luego, su hospitalidad me venia á pedir de boca.

El pasillo que recorriamos era tan angosto y oscuro, que tuve precision de marchar á tientas.

—Avanza sin recelo, primito; no hay obstáculos en el camino. Por otra parte, ya estamos en el comedor: nota bien que no carezco de comodidades.

—Os confieso que nada veo, aunque abro tamaños ojos. Reina tal oscuridad en este sitio, que no puedo hacerme cargo de los objetos que me rodean.

—Tienes razon; lo habia olvidado. Me es tan familiar este albergue, que apenas me sirvo de los ojos: pero tú no te encuentras en el mismo caso. ¿Qué hacer? ¡Ah! ¡una idea! Descansa un momento; vuelvo al instante.

Traducido del francés por
MARIANO BLANCH.

(Continuad).

FÍSICA,

POR

D. FRANCISCO DE PAULA ROJAS.

(CONTINUACION).

SISTEMA DE ALUMBRADO DE JABLOCHKOFF.

Mr. Jablochkoff ha resuelto el problema de mantener constante la longitud del *arco voltaico*, sin necesidad del mecanismo que *los reguladores* llevan para aproximar los carbones conforme se van gastando. Su aparato de alumbrado lleva el nombre de bujía eléctrica y tambien el de bujía Jablochkoff.

La figura 3 representa esa bujía colocada en un candelero de laboratorio. Consiste en dos barras de carbon α y c de cuatro milímetros de diámetro y veinte y dos centímetros de largo, colocadas paralelamente la una á la otra y separadas por una distancia de tres milímetros. Estas barras van ligadas en la parte inferior por una pasta dura o mala conductora del flúido y que las hace solidarias, y en su parte superior se comunican por una agujita de carbono que llamaremos el *cebo*.

El espacio que queda entre ambas barras vá ocupado por una planchita delgada de kaolin ó de una pasta dura $r r$ compuesta de yeso y sulfato de barita. Los dos piés metálicos del candelero no comunican entre sí; pero cada uno comunica con el carbon, al cual sostiene. Uno de los piés del candelero comunica con el polo positivo del generador de electricidad, y el otro con el negativo, por medio de conductores aislados que pueden ser muy largos. Así el generador puede estar sin grave inconveniente, á 200 ó á 400 metros de la bujía.

En la figura 3 se ven los dos tornillos $t t$ que sujetan los dos extremos de los conductores, y un trozo de cada uno de estos.

Dispuestas así las cosas, en el momento en que el



Lago hirviente en la isla Dominica.

(Véase la página 63).



EL EQUILIBRIO.

(Véase la pág. 63).

generador de electricidad funcione, la corriente del fluido que parte del polo positivo del generador llega por el conductor correspondiente á uno de los piés del candelero: sube por éste: pasa al carbon que se apoya por abajo en dicho pié: sube por este carbon: lleva á lo

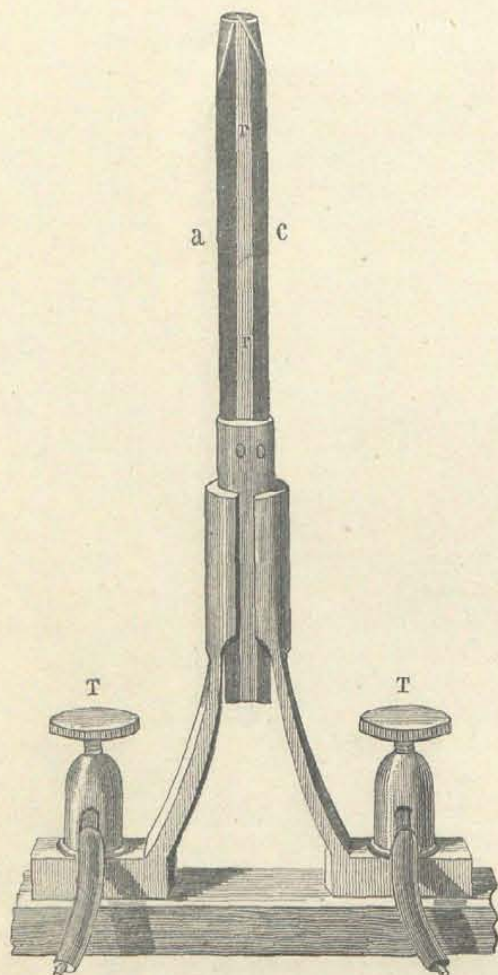


FIG. 3.—Bujía Jablochkoff.

alto y pasa por el *cebo* al otro carbon: descende por éste: sigue por el pié del candelero, y por el conductor que vá unido á este pié llega al polo negativo del generador. El circuito está cerrado; y apenas empieza á circular la corriente se enrojece el *cebo*, y se consume en seguida y desaparece; pero deja ya establecido el arco voltaico entre los extremos superiores de los carbones *a* y *c*. El arco calienta fuertemente y funde la parte de la planchita de kaolin *r r* que está próxima á él; el kaolin en este estado, conduce medianamente el fluido, esto es, deja de ser completamente aislador, como lo es en frio. Parece que esta conductibilidad de la parte fundida asegura la estabilidad del arco voltaico, le da gran firmeza, y constituye, como más adelante veremos, una condicion ventajosa para conseguir entre ciertos limites la divisibilidad de la luz que una corriente eléctrica puede dar.

Conforme van gastándose las barras de carbon, vá descendiendo el arco voltaico ó sea el foco luminoso, el cual no deja nunca los extremos superiores de los carbones, y vá fundiéndose y vaporizándose, esto es, consumiéndose, la planchita *r r*; del mismo modo que en una bujía esteárica ordinaria, van consumiéndose á la par la estearina y la mecha, y vá descendiendo la llama.

Ahora debemos llamar la atencion de nuestros lectores, sobre una dificultad que se deduce de lo que dejamos expuesto en los preliminares. Hemos dicho que el *carbon positivo* se gasta ó consume con doble rapidez que

el *negativo*; y por lo tanto debe suceder en la bujía Jablochkoff, que la distancia entre los extremos superiores de las barras, ó sea la longitud del arco voltaico, debe ir creciendo á medida que se vá gastando la bujía, y que finalmente ésta debe apagarse por exceso de longitud del arco. Así lo acredita en efecto la experiencia, y con esta dificultad tropezó el inventor; pero la salvó empleando un *generador de corrientes alternativas*, ó lo que es lo mismo, un generador cuyos polos se truecan centenas ó miles de veces en un minuto; y claro es que si en cada minuto cada carbon es mil veces positivo y mil negativo, los dos se consumirán con perfecta igualdad: en realidad, no habrá entónces carbon positivo ni carbon negativo.

La bujía Jablochkoff que acabamos de describir dura hora y media y cuesta hoy en Paris de 60 á 75 céntimos de franco; mas su precio irá descendiendo si su uso se generaliza.

Los faroles empleados por Jablochkoff en las calles y plazas de Paris y cuyo dibujo, mitad en elevacion, mitad en corte, damos en la figura 4, se componen de un gran globo de vidrio opalino adornado superiormente por una galería. Dentro de este globo, que tiene cuarenta centí-

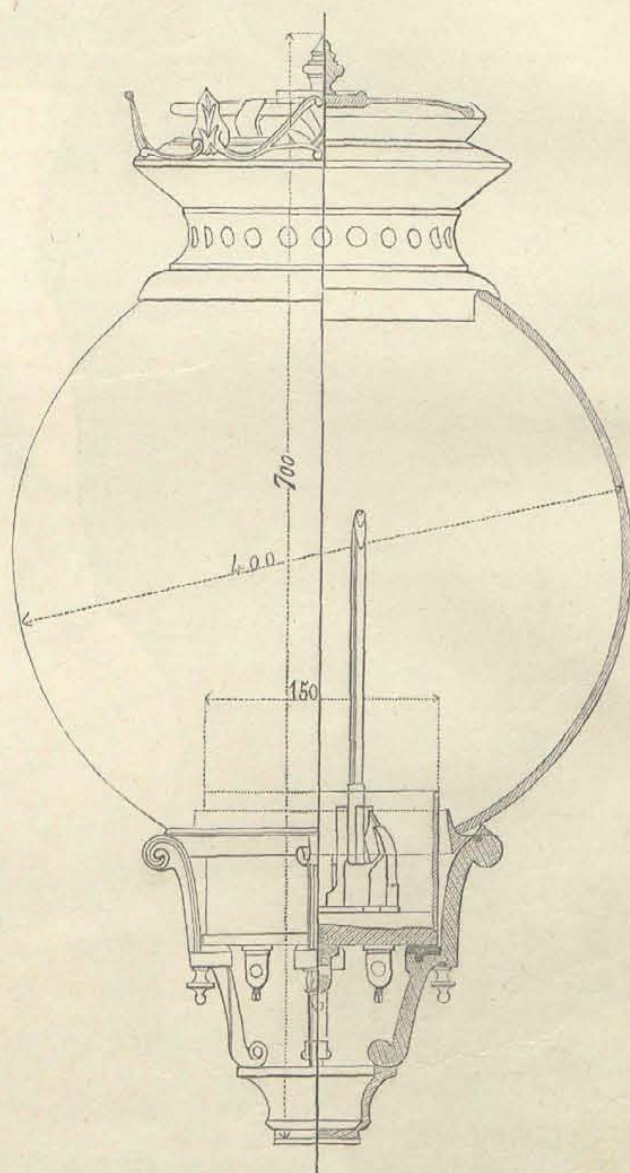


FIG. 4.—Farol Jablochkoff.

metros de diámetro, van colocados cuatro candeleros con sus correspondientes bujías. Antes de consumirse la bujía que está en actividad, cesa la corriente de pasar por ella, y empieza á circular por la inmediata. Esta operacion se ha hecho á mano por medio de un *conmutador*

que vá al pié del candelabro que sostiene el globo. Verdad es que se ha tratado de que esta operacion se haga automáticamente y que ya se han construido aparatos que resuelven la dificultad; mas todavía no han recibido la sancion de la experiencia. El globo de vidrio aparece como una masa brillante, cuya intensidad no lastima la vista.

Para completar la descripción general que estamos haciendo, sólo nos faltan algunas indicaciones acerca de los generadores empleados y de los conductores que llevan el fluido desde los generadores á las bujías.

Cada generador se compone de dos máquinas Gramme, movidas por una máquina de vapor de veinte caballos. La primera máquina es de corriente continua y se llama *excitadora*: la segunda es de corrientes alternativas y se llama *distribuidora*: la primera engendra fluido que sirve para excitar la segunda: el fluido que ésta produce es el que alimenta 16 bujías Jablochhoff, que, segun Niaudet, tiene una intensidad cada una de cien lámparas Cárcel, ó lo que es lo mismo, de cien mecheros de gas de alumbrado público de Barcelona. El globo de vidrio parece que absorbe una tercera parte de la luz producida. La máquina distribuidora envia á las bujías 4800 corrientes alternativas en un minuto, y ella da 600 vueltas en el mismo tiempo. De cada máquina distribuidora parten cuatro conductores que alimentan cada uno cuatro bujías, y que vuelven despues al generador.

Nuestros lectores se contentarán por hoy con estas indicaciones generales acerca de los generadores Gramme, interin llega el momento de tratar muy detenidamente de estas interesantísimas máquinas.

Los conductores son hilos de cobre aislados; mas para no tener que colocar tantos hilos como circuitos distintos hay, se forma con ellos un cable despues de haberlos aislado separadamente, por medio de la gutta-percha que los envuelve: el cable así formado se recubre de cautchuc y éste es á su vez envuelto en una vaina de tela impermeable. De este modo el fluido que circula por uno de los hilos de cobre, no puede pasarse al inmediato porque lo impide la gutta-percha, materia aisladora. Para preservar este cable de las influencias exteriores vá metido en una tubería de tierra cocida cuyos trozos se unen con un cemento. De este modo se los puede enterrar en el suelo.

FRANCISCO DE PAULA ROJAS.

(Continuará).

LUZ.

CUADRO DE GABRIEL MAX.

(Véase el grabado de las páginas 52 y 53).

No es, por desgracia, la que más priva en nuestros días la pintura religiosa; y hasta podríamos añadir que, como ésta, la histórica vá cediendo su lugar al empuje de las tendencias que en todas las manifestaciones artísticas revelan el espíritu de la época. ¿Es esto una ventaja? ¿Es un inconveniente? Conteste por nosotros el efecto y la impresion que dejan en el ánimo del inteligente y aun en el del mero aficionado, esas frecuentes exposiciones en las cuales los contados cuadros de verdadero mérito, desaparecen confundidos y casi podríamos decir ahogados bajo un mar de composiciones sencillas y tal vez vulgares, en las cuales podrá aplaudirse la riqueza del colorido, la habilidad de la ejecución, pero que desprovistas de inspiración y desnudas de senti-

miento, no pueden ejercer en nuestro ánimo la influencia más insignificante.

Sin embargo, debemos confesar que semejantes resultados no nos sorprenden. El artista, no porque lo sea, deja de pertenecer al tiempo en que vive, y por tanto, como no sea un verdadero genio,—y los genios escasean más de lo que generalmente se presume,—le es imposible sustraerse á la atmósfera que respira. Hoy, en medio de la lucha de encontradas opiniones que constituye el rasgo característico del momento presente, ni gozamos la apacible calma que nuestros antepasados disfrutaron, ni siquiera son tan firmes nuestras creencias y convicciones, sin cesar combatidas por el choque de opuestas influencias y por el espíritu de análisis que todo lo domina y todo lo envenena. Porque se vive de prisa; porque abrigamos tal vez como nunca la convicción de que nuestra vida no es más, como dijo el poeta, que un breve día:

do apenas nace el sol cuando se pierde
en las tinieblas de la noche fría;
... heno á la mañana verde,
seco á la tarde;

porque sabemos que nuestro corazón hastiado necesita á cada instante placeres nuevos y nuevas impresiones, contentámonos con producir aprisa y corriendo, sin meditación, sin estudio, obras que produzcan honda, si bien pasajera impresion; placer que embriague los sentidos, siquiera no lleve al alma sombra tan sólo de plácida dulcedumbre. ¿Acaso las mismas concepciones asombrosas de Rafael y el Ticiano, obran hoy en nuestra generación, descreída y materializada, en virtud del profundo pensamiento que entrañan? Necio sería desconocer que en su contemplación nos entusiasmos; pero es tan sólo en virtud de la maravillosa y acabada exposición de lo puramente humano que en ellas se encierra, ideal que en vano persiguen nuestros artistas, y que difícilmente podrán jamás alcanzar, por lo mismo que no aciertan á distinguir en aquella realidad la atmósfera de idealismo indefinido, que trasforma y magnifica aquella naturaleza.

¿Se quiere de ello una prueba? Pues basta por lo que á la pintura de asuntos religiosos se refiere, con establecer una comparación entre los contemporáneos, y, ya no los antiguos, sino los que pertenecieron á la generación precedente. Y puesto que es un cuadro debido á un pintor alemán el que hoy pone la pluma en nuestras manos, á los grandes maestros de esa nación nos referiremos. Cuando contemplamos las magistrales composiciones de Overbeck y Kaulbach, nos sentimos fascinados por lo grandioso de la concepción,—que no porque el asunto sea á las veces sencillo se echa de ménos semejante cualidad,—y ésta resulta principalmente, á lo que entendemos, de hallarse embebidas en el espíritu y tendencias que caracterizan su tiempo, espíritu y tendencias que por lo mismo que suponen creencias arraigadas y profundo sentimiento religioso, dan como resultado que dichas composiciones vengan á ser algo como símbolo, ó si se quiere, esencia sublimada de la manera cómo siente y concibe el pintor, y al par la generación á la cual pertenece. Existe la lucha, no es posible desconocerlo; mas sobre ella y mecándose en atmósfera más elevada, en regiones más puras, en más sereno ambiente, distínguese el catolicismo con su infalibilidad, realzado por la fe del artista completamente de acuerdo con la más pura ortodoxia. Por esto, todo es grave, severo; pero al propio tiempo atractivo y encantador. En cambio existen otros que aun cuando en sus



LA BENDICION DE LA ABUELA.

CUADRO DE JACOBO GRUNENWALD.

(Véase la página 62).

creaciones pongan á contribucion toda su vida espiritual en sus varios grados y con sus más finos y delicados matices, por lo mismo que no rehuyen el empleo de ciertos recursos, no merecen á justo título el nombre de pintores de asuntos religiosos, sino el de pintores de género, siquiera en el fondo de sus cuadros se distinga una como lejana vislumbre de ese sentimiento elevado.

A este grupo, escuela, ó como quiera llamarse, pertenece, entre otros muchos que podríamos citar, el autor del cuadro que reproducimos, por medio del grabado inserto en la páginas 52 y 53, Gabriel Max, artista cuyas producciones han sido objeto de aplauso por parte de sus admiradores y de injusta censura por sus contrarios. Mas aun estos mismos venise obligados á reconocer que en el fondo de sus composiciones existe en alto grado el espiritualismo tan vilipendiado en el día por los sostenedores de la escuela realista y más aun por los que todo lo dejan al efecto de la impresion. La verdades que sus cuadros jamás pueden contemplarse con indiferencia; nos agitan, nos conmueven, aun cuando, en ocasiones, sea de un modo poco grato. Y es que Max es un hombre que pertenece completamente á su tiempo, hallándose en consecuencia contaminado de la que podríamos llamar enfermedad de la época. De sus diferentes obras ninguna reúne en más alto grado las condiciones que le son propias que el que nos ocupa y hemos titulado LUZ. Al contemplarlo nos sentimos trasladados á los primeros tiempos del Cristianismo, en los cuales los cristianos en posesion de la doctrina salvadora, veíanse oprimidos, perseguidos y entregados á los martirios más horrendos, por aquella Roma embrutecida, ignorante y encenagada en el lodazal de las más torpes abominaciones. El artista ha querido representar el interior de las catacumbas, lugares en que se reunian aquellos para celebrar sus ritos y orar por la salvacion del mundo y de sus mismos perseguidores. Penetra en ellas, procedente del exterior, un cristiano al cual una jóven, especie de guardadora de aquellos lugares, ofrécele, encendida, una de las varias lámparas que en la propia disposicion tiene colocadas á su izquierda, para que con ella se alumbrase, de manera que no corra peligro de extraviarse en los sinuosos corredores de aquel antro oscuro. Mas la jóven portera, la que guarda la entrada del santuario, está privada de ver la luz, es una pobre ciega; pero una ciega que ve; una ciega dotada de fe ardiente, y por ella movida, comunica á sus hermanos, y á todos los que de sus creencias participan, el sentimiento elevadísimo que la domina por completo. La luz de la fe que ella posee, librará á quien la tome como guia, de extraviarse en la mansion de las tinieblas. Esta es la idea, este el pensamiento que el artista ha querido expresar, y dada su manera especial, que es la que ántes dejamos apuntada, lo ha conseguido completamente. La solicitud de la jóven no ha de quedar sin recompensa, y por esto el artista coloca á sus pies la palma de la victoria. A esto se reduce esa sencilla y candorosa composicion, á la cual alcanza de lleno la calificacion de género religioso de que ántes nos hemos valido.

Para terminar estos ligeros apuntes diremos que Gabriel Max, nacido en Praga en 1840, estudió constantemente al lado de su padre José, escultor de gran reputacion, que murió en 1854. En este año se trasladó á Viena donde completó su educacion, ~~allí donde~~ á conocer ventajosamente por medio de las composiciones con que ilustró las obras musicales de Beethoven, Mendelssohn y otros. En 1863 se trasladó á Munich, donde pintó durante cuatro años bajo la direccion de Piloty, de quien aprendió el secreto del colorido, siendo notables en este concepto, su *Jóven crucificada*, *Ludmilla degollada* y el

Profesor de Anatomía. Sus composiciones todas han sido muy apreciadas. El duque Ernesto de Coburgo le concedió la medalla destinada á premiar las Bellas Artes, y el rey de Baviera, en 1869, la de honor.

LA BENDICION DE LA ABUELA.

(Véase el grabado de las páginas 60 y 61.)

Con razon se ha dicho que no hay contraste mayor que el que existe entre la juventud que nace y la ancianidad que muere, y es que ésta vive sólo de recuerdos cuando aquella alienta únicamente al calor de las esperanzas. Esperanzas y recuerdos: los dos polos sobre que gira y se desarrolla todo el poema de la vida.

Para el anciano que ve acercarse el término de su viaje; que siente que se le vá helando el corazon al compás que blanquea su cabeza la nieve de los años, memorias de un bien perdido; ecos débiles de una fidelidad pasajera; recuerdos de un pasado que derrama la melancolía en el alma, siquiera tenga poco de halagüeño, porque como dijo el poeta,

á nuestro parecer
cualquiera tiempo pasado
fué mejor.

Y en verdad que es sólo á nuestro parecer; porque como acontece con ciertas pinturas, que es indispensable contemplarlas de lejos para que produzcan todo el efecto que se propuso el artista, es preciso el trascurso del tiempo para que contemplemos y aun recordemos con cierta complacencia, acontecimientos de nuestra vida que, al realizarse, desgarraron con sus asperezas nuestro sensible corazon. ¡Y son tantos en el breve tránsito que por este valle de lágrimas verifican los mortales los acontecimientos que oprimen el alma, tan contadas y pasajeras las dichas y alegrías de la fugaz primavera de nuestra existencia!...

En cambio la juventud que no ha libado aun la hiel contenida en la copa del desengaño, todo lo ve de color de rosa: para ella la luz del día es más intensa; más puro y diáfano el azul del firmamento; más cargado el ambiente de perfumes embriagadores; más dulce el trino del ruiseñor; más llena de encantos y atractivos la enramada umbrosa: no tiene ayer, piensa sólo en el mañana, y mañana quiere decir esperanza. ¡Ay de aquel que la ha perdido!

La vida del hombre que dura lo que un día, tiene una mañana efímera, y una tarde pasajera; que dura lo que un año, tiene como éste su primavera, su estío, su otoño y su invierno, de breve é insignificantisima duracion. Sólo la naturaleza ve sucederse unas en pos de otras las estaciones, renaciendo á la vida primaveral en cuanto ha sacudido el triste manto del invierno; pero indiferente, sin sentirlo, obedeciendo á la fatalidad de la materia, obrando impasible á impulso del tiempo que, más indiferente aun, contempla cuanto en él se realiza y que ve pasar las generaciones, y consumirse las vidas, y conmove los imperios sin que en lo más mínimo cambien los que podríamos llamar latidos de su corazon.

Todas estas reflexiones y otras muchas que á estas podríamos añadir, hános sugerido la contemplacion del grabado que publicamos en las páginas 60 y 61, inspirada composicion de género, en que se reproducen las costumbres de los pueblos de la Selva Negra en la Ale-

mania del Sur, y que hemos bautizado con el nombre de *La bendición de la abuela*. Un joven y apuesto mancebo, cuyo valor acredita la cruz que ostenta en el pecho, premio del ardimiento con que en el campo de batalla peleó en defensa de la patria, acaba de enlazarse con la elegida de su corazón, bellísima y candorosa doncella que ha recompensado con su mano la constancia de su amor. Apenas unidos con lazo indisoluble, el joven lleva á la morada de su abuela, anciana venerable y rica de experiencia adquirida en los pesares y sufrimientos, á la que en adelante ha de compartir con él sus goces y amarguras, para que al darle la bendición, le enseñe que más que las flores abundan los abrojos en la senda de la vida.

Todo es inspirado, todo cautiva, todo es bello y eminentemente poético en esa apacible escena de interior. La abuela sentada en su patriarcal sillón, cabe el cual se encuentra el báculo en que se apoya, abandonada la labor y con el libro sagrado, abierto sobre sus rodillas, dirige á la joven pareja, cuyas manos mantiene cogidas con su derecha, en tanto que con la izquierda la bendice, frases cariñosas, que la doncella escucha con la frente inclinada y los ojos velados por la melancolía, cual si se entregara á los más bellos ensueños, en tanto que el mancebo, prestando respetuosa atención á los consejos de la experiencia, enlaza con abrazo protector al ser débil de quien ha de ser constante apoyo durante su peregrinación por este valle oscuro. El perro, fiel guardián del hogar doméstico, demuestra con sus suaves caricias que reconoce un nuevo dueño en el ser que ha traído á la casa su antiguo señor, en tanto que dos gatitos, aprovechándose de la distracción de la anciana, é indiferentes á cuanto pasa á su alrededor, entréganse á sus bulliciosos juegos haciendo rodar el ovillo con que aquella trabajaba. A un lado, al pie de la ventana, una maceta de flores simboliza la juventud y las galas de la primavera: junto á la maceta, pendiente de un clavo, el almanaque, verdadero libro de memorias en que se consignan las fechas de los acontecimientos que constituyen época en la vida de la familia: en el fondo un reloj en perenne movimiento, frío, impasible, implacable, indicando con su acompasado *tic-tac*, que no se detiene un sólo punto el curso del tiempo. ¿Puede concebirse más bella, dulce y conmovedora composición?

V.

EL EQUILIBRIO.

(Véase el grabado de la página 57).

En la exposición de París del año próximo pasado figuró la preciosa estatua cuya exacta reproducción damos en este número, obra del joven artista siciliano Héctor Ximenes, educado en Florencia. Ximenes siente con todo el ardor de la juventud, aunque modela con el talento de un escultor provecito.

Fíjese el lector en ese joven saltimbanqui flaco y macilento, que sobre una bola de madera procura mantenerse en equilibrio. En aquel rostro raquítico que lleva impresas las huellas del hambre y los sufrimientos, al par que el deseo de gloria y el temor al látigo del padre ó del director de los titiriteros; en aquel jovencito haciendo toda clase de esfuerzos por vencer las dificultades de su difícil ejercicio, el artista ha visto con los ojos de la mente y ha sabido reproducir admirablemente en el mármol, el terrible drama de una trabajada

adolescencia, las dilatadas luchas, los sufrimientos, los sobresaltos, los ayunos, los golpes recibidos por un pobre muchacho que á cada momento se expone á derrengarse ó á desnucarse para obtener unos miserables ochavos, un aplauso, ó compasiva sonrisa.—B.

LAGO HIRVIENTE EN LA ISLA DOMINICA.

(Véase el grabado de la pág. 56).

La isla Dominica, descubierta por Colon el día 3 de noviembre de 1493, *dies dominica*, y de ahí su nombre, fué en un principio patrimonio de España; luego pasó á poder de los franceses, quienes á su vez la cedieron á los ingleses en 1763. Está situada entre la Martinica y Guadalupe; el país es quebrado, y sus montañas, de naturaleza volcánica, vense cortadas por hondos barrancos y desbordados torrentes, al par que descuella en ellas una vegetación exuberante. En sus cumbres existen depósitos de azufre y brotan del suelo manantiales de aguas termales, llevando los más altos picos el nombre de *Tres Armellas*, ó montes del Diablo (1900 metros sobre el nivel del mar). A pesar de que han trascurrido cerca de 400 años desde su descubrimiento, todavía permanece inexplorada una buena parte de la isla.

Recientemente, el corresponsal de un acreditado periódico londonense, que la visitó detenidamente, tuvo la fortuna de descubrir un notabilísimo fenómeno natural, ó sea un lago hirviente, el mismo que aparece en el grabado de la página 56, y del que hace la siguiente descripción:

«Viajando juntos los doctores Freeland y Nicholly, el capitán Gardyne y el que estas líneas escribe, encontráronse en una llanura que mide cincuenta yugadas, verdadera prolongación de la sierra titulada monte del Azufre. Falta de toda vegetación, aparecen de vez en cuando enormes árboles carbonizados, grandes masas de pedruscos volcánicos y numerosas bocas que despiden humo y agua. Salvada aquella capa de escorias, piedra pómez y azufre, y saltando de roca en roca, producto todo de las revoluciones de la naturaleza, nos encontramos á orillas de un lago hirviente. Está situado éste á 2400 pies ingleses sobre el nivel del mar, en la falda meridional del monte del Azufre. Su álveo mide 150 varas poco más ó ménos, siendo su profundidad unos 60 pies. El agua es de un color gris azulado pálido, levantándose las peladas cimas de la montaña del Azufre á unos 500 pies sobre la superficie del lago; y como ningún manantial brota de los respiraderos de sus faldas, es indudable que aquellas aguas proceden de las entrañas de la tierra. Exploradas las orillas se ve hervir el agua, que forma burbujas, pero muy poca ó ninguna humareda. La porción del lago que puede llamarse hirviente tiene 40 pies de diámetro, y en aquel sitio las burbujas se elevan tres ó cuatro pies, constituyendo un á modo de torbellino que vá á estrellarse contra las rocas de la ribera, cubiertas de una capa de azufre. En las mismas orillas del lago se forman remolinos notables: cualquier objeto que se arroje al agua, después de dar infinitas vueltas aparece en el sitio donde fué echado. Diríase que el único desagüe del lago hirviente se encuentra hacia el suroeste, donde tiene nueve pies en longitud y seméjase á una vía férrea. Al Sur y á la distancia de 200 varas, encontré un caudaloso brazo de agua subterránea.»—V.

NATURALEZA VIVA.

(PENSAMIENTOS EN EL PARQUE DEL EX-MONASTERIO DE PIEDRA).

A doña Carmen M. de Muntadas.

Esta region de majestad brillante
Y de hechizo severo,
Pide en el bardo que su gloria cante
Ó el gran númen del Dante,
Ó del arpa de Osian el tono austero.

Y pide que si en tanta maravilla
Descubre al que las crea,
Doblando humildemente la rodilla,
Clame con fe sencilla:
«¡Es grande el Hacedor! ¡Bendito sea!»

Corrientes de los montes despeñadas,
Rumores de los vientos,
Antros en que se pierden las miradas,
Lagos en las llanadas,
Grutas de horror en cumbres sin cimientos;

Arboleda frondosa que murmura,
Rio que corre manso,
Rayo de sol que baja de la altura,
Noche de la espesura
Que á la quietud convida y al descanso;

Sois, para soñadora fantasía
Que á los espacios vuela,
Fuente de inagotable poesía
Cuya grande armonía
La palabra del hombre no revela.

Cuando feliz vuestro esplendor admiro,
Esplendor sin ejemplo,
Por esferas de luz vago y deliro,
Y á par en torno miro
Del celeste poder dechado y templo.

Nada empero suspende ni intimida
Cual esta gruta yertu,
Entre cielo y abismo suspendida,
Donde vuelve á la vida,
Como el fénix, la fe, si estaba muerta.

Nunca llegan aquí del mundo vano
La lucha y vocerío:
No puede aquí decir por labio ufano
El pensamiento humano
Frasas de rebelion y desvarío.

Esas gotas que llueven incesantes
Con resplandor interno
De estalactitas rudas y gigantes,
Parecen ser brillantes
Desprendidos del trono del Eterno.

De peñascos vestidos de verdura
Por entre ingentes moles,
Ver brotar y salir se me figura
Monstruos que dan pavora,
Del sol á los postreros arboles.

Ya en el muro se ve petrificada
Caudal águila fuerte,
Ya del Titan la forma destrozada,
Ya serpiente enroscada
De algun nuevo Laocoon al cuerpo inerte.

En insólito afán el alma sueña
Del aura al eco vago,
Y se espanta al sentir cuál se despeña
Por la tajada breña
Espumante raudal en hondo lago.

Con emocion que á describir no alcanza
Todo aquí la domina,
Hasta que al fin con súbita mudanza,
Reanima su esperanza
El iris que estos antros ilumina;

Íris que en sus fulgores rico y vario
Los muros tornasola;
Lámpara fiel de templo milenario,
Destello solitario
Y emanacion de célica auréola.

Nadie habrá que recorra indiferente
Los senos de esta gruta:
Quien tenga númen, corazon creyente
Y arrebatada mente
No la verá con la pupila enjuta.

Quien, al volver al mundo, sus umbrales
Cruce con lento paso,
Pondrá sus esperanzas inmortales
En cumbres celestiales
Que alumbra el sol desde rojizo ocaso.

Y si andando sin norte al fin se pierde
Por espesura umbria
Que teje en arco su ramaje verde,
No será que recuerde
Negro pesar que turbe su alegría.

Yo sin rumbo tambien he sondeado
Estas calles amenas,
Y en momentos de gozo ilimitado,
Sin afán ni cuidado,
Rotas juzgué del mundo las cadenas.

En las cascadas, cuya nivea espuma
Sobre roca y follaje
Se pulveriza como suelta bruma,
Airones ví de pluma
Y hermosos velos de sutil encaje.

En las grutas que abrió mano divina
Dentro de tosca piedra,
Ví del seno de fuente cristalina
Brotar la leve ondina
Que ornaba el techo con perenne hiedra.

En el humilde lago que adormido
Por el vergel se extiende
Ví, de acuáticas aves junto al nido,
Copiado y recogido
El firmamento azul que allí descende.

En el almeiz que ufano se levanta,
Rey de campos felices,
Miro el coloso cuya agreste planta
Rudo peñon quebranta
Con nervios de fantásticas raíces.

Pienso que en el concierto misterioso
De aquesta siempre jóven
Naturaleza, viva en su reposo,
Buscan númen glorioso
Weber y Miguel Ángel y Beethoven.

Y si despues del oro y la escarlata
Que al sol la tierra debe
Luna primaveral su albor dilata,
Es cuanto miro plata
Límpida como el ampo de la nieve.

¡Oh ignoto Eden, donde gozar despacio
Con deleite sin nombre
Fué dado al corazon marchito y lacio;
Donde irradia el espacio
Luz que ilumina el interior del hombre!

Pero... calle mi voz, que en vano ansío
Cantar en alto vuelo:
Ciego será quien con orgullo impío
Niegue tu poderío,
Oh gran dominador de tierra y cielo.

Y al descubrir en tanta maravilla
La mano que las crea,
Tan sólo puedo, hincando la rodilla,
Clamar con fe sencilla:
«¡Es grande el Hacedor! ¡Bendito sea!»

ANTONIO ARNAO,
de la Academia Española.